

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 21

576. También dije en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 1264, 1274, 1287, 1341), escribiendo la pasión, que la divina Madre sintió en su cuerpo y alma purísima todos los dolores de los tormentos que recibió y padeció nuestro Salvador Jesús, sin que nada se le ocultase, ni dejase de padecerlo con el mismo Señor. Y todas las imágenes o especies de la pasión quedaron impresas en su interior, como cuando las recibió, porque así lo pidió Su Alteza al Señor. Y éstas no se le borraron, como las otras imágenes sensibles que arriba dije (Cf. supra n. 540) para la visión de la divinidad, antes se las mejoró Dios, para que con ellas se compadeciese milagrosamente gozar de aquella vista y sentir juntamente los dolores, como la gran Señora lo deseaba, por el tiempo que fuese viadora en carne mortal; porque a este ejercicio se dedicó toda, cuanto era de parte de su voluntad. No permitía su fidelísimo y ardentísimo amor vivir sin padecer con su dulcísimo Hijo, después que le vio y acompañó en su pasión. Y aunque Su Majestad la hizo tan raros beneficios y favores, como de todo este discurso se puede entender, pero estos regalos fueron prendas y demostraciones del amor recíproco de su Hijo santísimo, que, a nuestro modo de entender, no podía contenerse ni dejar de tratar a su Madre purísima como Dios de amor, omnipotente y rico en misericordias infinitas. Mas la prudentísima Virgen no los pedía ni apetecía, porque sólo deseaba la vida para estar crucificada con Cristo, continuar en sí misma los dolores, renovar su pasión, y sin esto le parecía ocioso y sin fruto vivir en carne pasible.

577. Para esto ordenó sus ocupaciones de tal manera que siempre tuviese en su interior la imagen de su Hijo santísimo, lastimado, afligido, llagado, herido y desfigurado de los tormentos de su pasión, y dentro de sí misma le miraba en esta forma como en un espejo

clarísimo. Oía las injurias, oprobios, denuestos y blasfemias que padeció, con los lugares, tiempos y circunstancias que todo sucedió, y lo miraba todo junto con una vista viva y penetrante. Y aunque a la de este doloroso espectáculo por todo el discurso del día continuaba heróicos actos de virtudes y sentía gran dolor y compasión, pero no se contentó su prudentísimo amor con estos ejercicios. Y para algunas horas y tiempos determinados en que estaba sola, ordenó otros con sus Ángeles, particularmente con aquellos que dije en la primera parte 8Cf. supra p. I n. 208, 373) traían consigo las señales o divisas de los instrumentos de la pasión. Con éstos en primer lugar, y luego con los demás Ángeles, dispuso que le ayudasen y asistiesen en los ejercicios siguientes.

578. Para cada especie de llagas y dolores que padeció Cristo nuestro Salvador hizo particulares oraciones y saluciones con que las adoraba y daba especial veneración y culto. Para las palabras injuriosas de afrenta y menosprecio, que dijeron los judíos y los otros enemigos a Cristo, así por la envidia de sus milagros como por venganza y furor en su vida y pasión santísima, por cada una de estas injurias y blasfemias hizo un cántico particular, en que daba al Señor la veneración y honra que los enemigos pretendieron negarle y oscurecerla. Por otros gestos, burlas y menosprecios que le hicieron, por cada uno hacía Su Alteza profundas humillaciones, genuflexiones y postraciones, y de esta manera iba recompensando y como deshaciendo los oprobios y desacatos que recibió su Hijo santísimo en su vida y pasión, y confesaba su divinidad, humanidad, santidad, milagros, obras y doctrina, y por todo esto le daba gloria, virtud y magnificencia; y en todo la acompañaban los Santos Ángeles y la respondían admirados de tal sabiduría, fidelidad y amor en una pura criatura.

579. Y cuando María santísima no hubiera tenido otra ocupación en toda su vida más que estos ejercicios de la pasión, en ellos hubiera trabajado y merecido más que todos los Santos en todo cuanto han hecho y padecido por Dios. Y con la fuerza del amor y de los dolores que sentía en estos ejercicios, fue muchas veces mártir, pues tantas hubiera muerto en ellos si por virtud divina no fuera preservada para más méritos y gloria, Y si todas estas obras ofrecía por la Iglesia, como lo hacía con inefable caridad, consideremos la deuda que sus hijos los fieles tenemos a esta Madre de clemencia que tanto acrecentó el tesoro de que somos socorridos los miserables hijos de Eva. Y porque nuestra meditación no sea tan cobarde o tibia, digo que los efectos de la que tenía María santísima fueron inauditos; porque muchas veces lloraba sangre hasta bañársele todo el rostro, otras sudaba con la agonía no sólo agua, sino sangre hasta correr al suelo y, lo que más es, se le arrancó o movió algunas veces el corazón de su natural lugar con la fuerza del dolor; y cuando llegaba a tal extremo, descendía del cielo su Hijo santísimo para darle fuerzas y vida y sanar aquella dolencia y herida que su amor había causado o por él había padecido su dulcísima Madre, y el mismo Señor la confortaba y renovaba para continuar los dolores y ejercicios.

580. En estos efectos y sentimientos sólo exceptuaba el Señor los días que la divina Madre celebraba el misterio de la Resurrección, como diré adelante (Cf. infra n. 674), para que correspondiesen los efectos a la causa. Tampoco eran compatibles algunos de estos dolores y penas con los favores en que redundaban sus efectos al virginal cuerpo, porque el gozo excluía la pena. Pero nunca perdía de vista el objeto de la pasión y con él sentía otros efectos de compasión y mezclaba el agradecimiento de lo que su Hijo santísimo padeció. De

manera que en estos beneficios donde gozaba, siempre entraba la pasión del Señor, para templar en algún modo con este agrio la dulzura de otros regalos. Dispuso también con el Evangelista San Juan que le diese permiso para recogerse a celebrar la muerte y exequias de su Hijo santísimo el viernes de cada semana, y aquel día no salía de su oratorio. Y San Juan Evangelista asistía en el Cenáculo, para responder a los que la buscaban y para que nadie llegase a él, y si faltaba el Evangelista asistía otro discípulo. Retirábase María santísima a este ejercicio el jueves a las cinco de la tarde y no salía hasta el domingo cerca del mediodía. Y para que en aquellos tres días no se faltase al gobierno y necesidades graves si alguna se ofrecía, ordenó la gran Señora que para esto saliese un Ángel en forma de ella misma, y brevemente despachaba lo que era menester si no permitía dilación. Tan próvida y tan atenta era en todas las cosas de caridad para con sus hijos y domésticos.

581. No alcanza nuestra capacidad a decir ni pensar lo que en este ejercicio pasaba por la divina Madre en aquellos tres días; sólo el Señor que lo hacía lo manifestará a su tiempo en la luz de los Santos. Lo que yo he conocido tampoco puedo explicarlo y sólo digo que, comenzando del lavatorio de los pies, proseguía María santísima hasta llegar al misterio de la Resurrección, y en cada hora y tiempo renovaba en sí misma todos los movimientos, obras, acciones y pasiones como en su Hijo santísimo se habían ejecutado. Hacía las mismas oraciones y peticiones que él hizo, como dijimos en su lugar (Cf. supra p. II n. 1162, 1184, 1212). Sentía de nuevo la purísima Madre en su virginal cuerpo todos los dolores y en las mismas partes y al mismo tiempo que los padeció Cristo nuestro Salvador. Llevaba la Cruz y se ponía en ella. Y para comprenderlo todo, digo que mientras vivió la gran Señora se renovaba en ella cada semana toda la pasión de su Hijo santísimo. Y en este ejercicio alcanzó

del Señor grandes favores y beneficios para los que fueron devotos de su pasión santísima. Y la gran Señora como Reina poderosa les prometió especial amparo y participación de los tesoros de la pasión, porque deseaba con íntimo afecto que en la Iglesia se continuase y conservase esta memoria. Y en virtud de estos deseos y peticiones ha ordenado el mismo Señor que después en la Santa Iglesia muchas personas hayan seguido estos ejercicios de la pasión, imitando en ello a su Madre santísima, que fue la primera maestra y autora de tan estimable ocupación.

582. Señalábase en ellos la gran Reina en celebrar la institución del Santísimo Sacramento con nuevos cánticos de loores, de agradecimiento y fervorosos actos de amor. Y para esto singularmente convidaba a sus Ángeles y a otros muchos que descendían del empíreo cielo para asistirle y acompañarla en estas alabanzas del Señor. Y fue maravilla digna de su omnipotencia, que como la divina Maestra y Madre tenía en su pecho al mismo Cristo sacramentado que, como he dicho arriba, perseveraba de una comunión a otra, enviaba Su Majestad muchos Ángeles de las alturas, para que viesan aquel prodigio en su Madre santísima y le diesen gloria y alabanza por los efectos que hacía sacramentado en aquella criatura más pura y santa que los mismos ángeles y serafines, que ni antes ni después vieron obra semejante en todo el resto de las mismas criaturas.

583. Y no era de menor admiración para ellos —y lo será para nosotros—, que con estar la gran Reina del cielo dispuesta para conservarse dignamente en su pecho Cristo sacramentado, con todo, para recibirle de nuevo cuando comulgaba, que era casi cada día, fuera de los que no salía del oratorio, se disponía y preparaba con nuevos fervores, obras y devociones que

tenía para esta preparación. Y lo primero ofrecía para ella todo el ejercicio de la pasión de cada semana; luego, cuando se recogía a prima noche del día de la comunión, comenzaba otros ejercicios de postraciones en tierra, puesta en forma de cruz y otras genuflexiones y oraciones, adorando al ser de Dios inmutable. Pedía licencia al Señor para hablarle y con ella le suplicaba profundamente humilde que no mirando a su bajeza terrena le concediese la comunión de su Hijo santísimo sacramentado, y que para hacerle este beneficio se obligase de su misma bondad infinita y de la caridad que tuvo el mismo Dios humanado en quedarse sacramentado en la Santa Iglesia. Ofrecíale su misma pasión y muerte y la dignidad con que se comulgó a sí mismo, la unión de la humana naturaleza con la divina en la persona del mismo Cristo, todas sus obras desde el instante que encarnó en el virginal vientre de ella misma, todas las de los justos pasados, presentes y futuros.

584. Luego hacía intensísimos actos de profunda humildad, considerándose polvo y de naturaleza de tierra en comparación del ser de Dios infinito, a quien las criaturas somos tan inferiores y desiguales. Y con esta contemplación de quién era ella y quién era Dios, a quien había de recibir sacramentado, hacía tanta ponderación y tan prudentes afectos, que no hay términos para manifestarlo, porque se levantaba y trascendía sobre los supremos coros de los querubines y serafines; y como entre las criaturas tomaba el último lugar, en su propia estimación, convidaba luego a sus Ángeles y a todos los demás y con afecto de incomparable humildad les pedía suplicasen con ella al Señor, la dispusiese y preparase para recibirle dignamente porque era criatura inferior y terrena. Obedecíanla en esto los Ángeles y con admiración y gozo la asistían y acompañaban en estas peticiones, en que

ocupaba lo más de la noche que precedía a la comunión.

585. Y como la sabiduría de la gran Reina, aunque en sí era finita, es para nosotros incomprensible, nunca se podrá entender dignamente a dónde llegaban las obras y virtudes que ejercitaba y los afectos de amor que tenía en estas ocasiones. Pero solían ser de manera que obligaban al Señor muchas veces a que la visitase o la respondiese, dándole a entender el agrado con que vendría sacramentado a su pecho y corazón, y en él renovarían las prendas de su infinito amor. Cuando llegaba la hora de comulgar, oía primero la misa que de ordinario la decía el Evangelista San Juan; y aunque entonces no había Epístola ni Evangelio, que no estaban escritos como ahora, pero decíanla con otros ritos y ceremonias y muchos Salmos y otras oraciones, pero la consagración fue siempre la misma. En acabando la Santa Misa, llegaba la divina Madre a comulgar, precediendo tres genuflexiones profundísimas, y toda enardecida recibía a su mismo Hijo sacramentado, y a quien en su tálamo virginal había dado aquella humanidad santísima le recibía en su pecho y corazón purísimo. Retirábase en comulgando y si no era muy forzoso salir para alguna grande necesidad de los prójimos perseveraba recogida tres horas. Y en este tiempo el Evangelista San Juan mereció verla muchas veces llena de resplandor que despedía de sí rayos de luz como el sol.

586. Y para celebrar el Sacrificio Incruento de la Santa Misa, conoció la prudente Madre que convenía tuviesen los Apóstoles y Sacerdotes diferente ornato y vestiduras misteriosas, fuera de las ordinarias de que se vestían para vivir. Y con este espíritu hizo por sus manos vestiduras y ornamentos sacerdotales para celebrar, dando ella principio a esta costumbre y ceremonia santa de la Iglesia. Y aunque no eran aquellos ornamentos de la misma forma que ahora los tiene la Iglesia romana,

pero tampoco eran muy diferentes, aunque después se han reducido a la forma que ahora tienen. Pero la materia fue más semejante, porque **los hizo de lino y sedas ricas**, de las limosnas y dones que la ofrecían. Pero cuando trabajaba en estos ornamentos y los cogía y aliñaba, siempre estaba de rodillas o en pie, y no los fiaba de otros sacristanes más que de los Ángeles que la asistían y ayudaban en todo esto; **y así tenía con increíble aliño y limpieza todos los ornamentos y lo demás que servía al altar**, y de tales manos salía todo con una celestial fragancia que encendía el espíritu de los ministros.

587. De muchos reinos y provincias donde predicaban los Apóstoles venían a Jerusalén diferentes fieles convertidos para visitar y conocer a la Madre del Redentor del mundo y la ofrecían ricos dones. Entre otros la visitaron cuatro príncipes soberanos, que eran como reyes en sus provincias, y la trajeron muchas cosas de valor, para que se sirviese de ellas y diese a los Apóstoles y discípulos. Respondió la gran Señora que ella era pobre como su Hijo y los Apóstoles eran como el Maestro y que no les convenían aquellas riquezas para la vida que profesaban. Replicáronle que por su consuelo las recibiese y diese a los pobres o sirviesen al culto divino. Y por la instancia que le hicieron recibió parte de lo que la ofrecieron **y de algunas telas ricas hizo ornamentos para el altar**; lo demás repartió a pobres y hospitales, a quien visitaba de ordinario, y con sus manos los servía y limpiaba a los pobres, y estos ministerios y dar limosnas lo hacía de rodillas. Consolaba a todos los necesitados, ayudaba a morir a todos los agonizantes a quien podía asistir, y jamás descansaba en obras de caridad, o ejecutándolas exteriormente, o pidiendo y orando cuando estaba retirada en su recogimiento.

588. A estos reyes o príncipes que la visitaron les dio

saludables consejos, amonestaciones e instrucciones para gobernar sus estados y les encargó que guardasen y administrasen justicia con igualdad y sin aceptación de personas, que se reconociesen por hombres mortales como los demás y temiesen el juicio del supremo Juez, donde todos han de ser juzgados por sus propias obras, y sobre todo, que procurasen la exaltación del nombre de Cristo y la propagación y seguridad de la santa fe, en cuya firmeza se establecen los verdaderos imperios y monarquías; porque sin esto el reinar es lamentable y muy infeliz servidumbre de los demonios, y no la permite Dios sino para castigo de los que reinan y de los vasallos, por sus ocultos y secretos juicios. Todo ofrecieron ejecutarlo aquellos dichosos príncipes y después conservaron la comunicación con la divina Reina por cartas y otras correspondencias. Y lo mismo sucedió a cuantos la visitaron respectivamente, porque todos de su vista y presencia salían mejorados y llenos de luz, alegría y consolación que no podían explicar. Y muchos que no habían sido fieles hasta entonces, en viéndola confesaban a voces la fe del verdadero Dios, sin poderse contener con la fuerza que interiormente sentían en llegando a la presencia de su beatísima Madre.

589. Y no es mucho que esto sucediese cuando toda esta gran Señora era un instrumento eficacísimo del poder de Dios y de su gracia para los mortales. No sólo sus palabras llenas de altísima sabiduría admiraban y convencían a todos comunicándoles nueva luz, pero así como en sus labios estaba derramada la gracia para comunicarla con ellos, así también con la gracia y hermosura diversa de su rostro, con la majestad apacible de su persona, con la modestia de su semblante honestísimo, grave y agradable, y con la virtud oculta que de ella salía —como de su Hijo santísimo lo dice el evangelio (Lc 6, 19)—, atraía los corazones y los renovaba. Unos quedaban suspensos, otros se deshacían

en lágrimas, otros prorrumpían en admirables razones y alabanza, confesando ser grande el Dios de los cristianos que tal criatura había formado. Y verdaderamente podían testificar lo que algunos Santos dijeron, que María era de toda santidad. Eternamente sea alabada y conocida de todas las generaciones por Madre verdadera del mismo Dios, que la hizo tan agradable a sus ojos, tan dulce Madre para los pecadores y tan amable para todos los Ángeles y los hombres.

590. En estos últimos años ya la gran Reina no comía ni dormía sino muy poco, y esto lo admitía por la obediencia de San Juan Evangelista, que le pidió se recogiese de noche a descansar algún rato. Pero el sueño era no más que una leve suspensión de los sentidos y esto no más de media hora y cuando más una entera y sin perder la visión divina de la divinidad en el modo que se ha dicho arriba (Cf. supra n. 535). La comida era algunos bocados de pan ordinario y alguna vez comía un poco de algún pescado a instancia del Evangelista y por acompañarle; que fue tan dichoso el Santo en esto como en los demás privilegios de hijo de María santísima, pues no sólo comía con ella en una mesa, sino que la gran Reina le aderezaba a él la comida y se la administraba como madre a su hijo y le obedecía como a Sacerdote y sustituto de Cristo. Bien pudiera pasar la gran Señora sin este sueño y alimento, que más parecía ceremonia que sustento de la vida, pero no lo tomaba por esta necesidad, sino por el ejercicio de la obediencia del Apóstol y por el de la humildad, reconociendo y pagando en algo la pensión de la naturaleza humana; porque en todo era prudentísima.

Doctrina que me dio la gran Señora de los Ángeles María santísima.

591. Hija mía, de todo el discurso de mi vida conocerán

los mortales la memoria y el agradecimiento que yo tuve de las obras de la Redención humana y de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo, especialmente después que se ofreció en la Cruz por la salvación eterna de los hombres. Pero en este capítulo particularmente he querido darte noticia del cuidado y repetidos ejercicios con que renovaba en mí no sólo la memoria sino los dolores de la pasión, para que con este conocimiento quede reprendido y confuso el monstruoso olvido que los hombres redimidos tienen de este incomprensible beneficio. ¡ Oh cuán pesada, cuán aborrecible y peligrosa ingratitud es ésta de los hombres! El olvido es claro indicio del menosprecio, porque no se olvida tanto lo que se estima en mucho. Pues ¿en qué razón o en qué juicio cabe que desprecien y olviden los hombres el bien eterno que recibieron, el amor con que el Eterno Padre entregó a su unigénito Hijo a la muerte, la caridad y paciencia con que el mismo Hijo suyo y mío la recibió por ellos? La tierra insensible es agradecida a quien la cultiva y beneficia. Los animales fieros se domestican y amansan agradeciendo el beneficio que reciben. Los mismos hombres unos con otros se dan por obligados a sus bienhechores, y cuando falta en ellos este agradecimiento lo sienten, lo condenan y encarecen por grande ofensa.

592. Pues ¿qué razón hay para que sólo con su Dios y Redentor sean ellos desagradecidos y olviden lo que padeció para rescatarlos de su eterna condenación? Y sobre este mal pago se querellan, si no les acude a todo lo que desean. Para que entiendan lo que monta contra ellos esta ingratitud, te advierto, hija mía, que conociéndola Lucifer y sus demonios en tantas almas, hacen esta consecuencia y dicen de cada una: Esta alma no se acuerda ni hace estimación del beneficio que le hizo Dios en redimirla; pues segura la tenemos, mas quien es tan estulto en este olvido, tampoco entenderá

nuestros engaños. Lleguemos a tentarla y destruirla, pues le falta la mayor defensa contra nosotros. Y con la experiencia larga que han probado ser casi infalible esta consecuencia, pretenden con desvelo borrar de los hombres la memoria de la redención y muerte de Cristo y que se haga despreciable el tratar de ella y predicarla, y así lo han conseguido en la mayor parte con lamentable ruina de las almas. Y por el contrario, desconfían y temen tentar a los que se acostumbran a la meditación y memoria de la pasión, porque de este recuerdo sienten contra sí los demonios una fuerza y virtud que muchas veces no les deja llegar a los que renuevan en su memoria con devoción estos misterios.

593. Quiero, pues, de ti, amiga mía, que no apartes de tu pecho y corazón este manojito de mirra (Cant 1, 12) y que me imites con todas tus fuerzas en la memoria y ejercicios que yo hacía para imitar a mi Hijo santísimo en sus dolores y para deshacer los agravios que su divina persona recibió con las injurias y blasfemias de los enemigos que le crucificaron. Procura tú ahora en el mundo desagraciarle en algo de la torpe ingratitud y olvido de los mortales. Y para hacerlo como yo quiero de ti, nunca interrumpas la memoria de Cristo crucificado, afligido y blasfemado. Y persevera en hacer los ejercicios sin omitirlos, si no fuere por la obediencia o justa causa que te impida, que si en esto me imitares, yo te haré participante de los efectos que sentía en estas obras.

594. Para disponerte cada día para la comunión, aplicarás lo que en esto hicieres y luego me imitarás en las demás obras y diligencias que has conocido yo hacía; y considerando que si yo, con ser Madre del mismo Señor que había de recibir, no me juzgaba digna de su Sagrada Comunión y por tantos medios solicitaba la pureza digna de tan alto sacramento, ¿qué debes hacer tú, pobre y sujeta a tantas miserias de imperfecciones y culpas?

Purifica el templo de tu interior, examinándole a la luz divina y adornándole con excelentes virtudes, porque es Dios eterno a quien recibes, y sólo Él mismo fue por sí digno de recibirse sacramentado. Invoca la intercesión de los Ángeles y Santos, para que te alcancen gracia de Su Majestad, y sobre todo te advierto, que me llames y me pidas a mí este beneficio, porque te hago saber soy especial abogada y protectora de los que desean llegar con gran pureza a la Sagrada Comunión. Y cuando para esto me invocan me presento en el cielo ante el trono del Altísimo y pido su favor y gracia para los que así desean recibirle sacramentado, como quien conoce la disposición que pide el lugar donde ha de entrar el mismo Dios. Y no he perdido, estando en el cielo, este cuidado y celo de su gloria, que con tanto desvelo procuraba estando en la tierra. Luego, después de mi intercesión pide la de los Ángeles, que también están solícitos de que las almas lleguen a la Sagrada Eucaristía con gran devoción y pureza.

CAPITULO 11

Levantó el Señor con nuevos beneficios a María santísima sobre el estado que se dijo arriba en el capítulo 8 de este libro.

595. En aquel capítulo queda escrito que la gran Reina del cielo fue alimentada con aquel sustento que la señaló el Señor, del estado y disposición que allí declaré (Cf. supra n. 536s.), por los mil doscientos y sesenta días que dijo el Evangelista San Juan en el capítulo 12 del Apocalipsis (Ap 12, 6). Estos días hacen tres años y medio poco más o menos, con que la purísima Madre cumplió los sesenta años de su edad y dos meses, pocos días más, y el año del Señor de cuarenta y cinco. Y como la piedra en su natural movimiento con que baja a su centro cobra mayor velocidad cuanto más se va acercando a él,

nuestra gran Reina y Señora de las criaturas, cuanto se iba acercando a su fin y término de su vida santísima, tanto eran más veloces los vuelos de su purísimo espíritu y los ímpetus de sus deseos para llegar al centro de su eterno descanso y reposo. Desde el instante de su Inmaculada Concepción, había salido como río caudaloso del océano de la divinidad, donde en los eternos siglos fue ideada, y con las corrientes de tantos dones, gracias, favores, virtudes, santidad y merecimientos, había crecido de tal manera, que ya le venía angosta toda la esfera de las criaturas, y con un movimiento rápido y casi impaciente de la sabiduría y amor se apresuraba a unirse con el mar, de donde salió, para volverse a él, y redundar de allí otra vez su maternal clemencia sobre la Iglesia (Ecl 1, 7).

596. Vivía ya la gran Reina en estos últimos años con la dulce violencia del amor en un linaje de martirio continuado. Porque sin duda, en estos movimientos del espíritu, es verdadera filosofía que el centro cuando está más vecino atrae con mayor fuerza lo que se llega a él; y en María santísima, de parte del infinito y sumo bien, había tanta vecindad que sólo le dividía, como dijo en los Cantares (Cant 2,9), el cancel o la pared de la mortalidad y ésta no impedía para que se viesen y mirasen con vista y con amor recíproco; y de parte de los dos, mediaba el amor tan impaciente de medios que impidan la unión de lo que se ama que ninguna cosa más desea que vencerlos y apartarlos para llegar a conseguirla. Deseábalo su Hijo santísimo y deteníale la necesidad que siempre tenía la Iglesia de tal Maestra. Deseábalo la dulcísima Madre y, aunque se encogía para no pedir la muerte natural, mas no podía impedir la fuerza del amor para que sintiese la violencia de la vida mortal y de sus prisiones que la detenían el vuelo.

597. Pero mientras no llegaba el plazo determinado por

la eterna Sabiduría, padecía los dolores del amor que es fuerte como la muerte (Cant 8, 6). Llamaba con ellos a su amado que saliese fuera de sus retretes, que bajase al campo, que se detuviese en esta aldea (Cant 7, 11), que viese las flores y los frutos tan fragantes y suaves de su viña. Con estas flechas de sus ojos y de sus deseos hirió el corazón del amado, y le hizo volar de las alturas y descender a su presencia. Sucedió, pues, que un día, por el tiempo que voy declarando, crecieron las ansias amorosas de la beatísima Madre de manera que con verdad pudo decir que estaba enferma de amor (Cant 2, 5); porque, sin los defectos de nuestras pasiones terrenas, adoleció con los ímpetus del corazón moviéndosele de su lugar, y dándole el Señor para que así como Él era la causa de la dolencia lo fuese gloriosamente de la cura y medicina. Los Santos Ángeles que la asistían, admirados de la fuerza y efectos del amor de su Reina, la hablaban como Ángeles para que recibiese algún alivio con la esperanza tan segura de su deseada posesión, pero estos remedios no apagaban la llama, que antes la encendían, y la gran Señora no les respondía más que conjurarlos dijese a su dilecto que estaba enferma de amor (Cant 5, 8), y ellos la replicaban dándole las señas que deseaba. Y en esta ocasión, y en otras de estos últimos años, advierto que especialmente se ejecutaron en esta única y digna Esposa todos los misterios ocultos y escondidos en los Cánticos de Salomón. Fue necesario que los supremos Príncipes que en forma visible la asistían, la recibiesen en los brazos por los dolores que sentía.

598. Bajó del cielo su Hijo santísimo en esta ocasión a visitarla en un trono de gloria acompañado de millares de Ángeles que le daban loores y magnificencia. Y llegándose a la purísima Madre la renovó y confortó en su dolencia y juntamente la dijo: Madre mía, dilectísima y escogida para nuestro beneplácito, los clamores y

suspiros de vuestro amoroso pecho han herido mi corazón. Venid, paloma mía, a mi celestial patria, donde se convertirá vuestro dolor en gozo, vuestras lágrimas en alegría y allí descansaréis de vuestras penas.— Luego los Santos Ángeles por mandado del mismo Señor pusieron a la Reina en el trono y al lado de su Hijo santísimo y con música celestial subieron todos al empíreo cielo, y María Santísima adoró al trono de la Beatísima Trinidad. Teníala siempre a su lado la humanidad de Cristo nuestro Salvador, causando accidental gozo a todos los cortesanos del cielo; y manifestándole el mismo Señor, como si, a nuestro modo de entender, pusiera nueva atención a los Santos, habló con el Eterno Padre, y dijo:

599. Padre mío y Dios eterno, esta mujer es la que me dio forma de hombre en su virginal tálamo, la que me alimentó a sus pechos y me sustentó con su trabajo; la que me acompañó en los míos y cooperó conmigo en las obras de la Redención humana; la que fue siempre fidelísima y ejecutó en todo nuestra voluntad con plenitud de nuestro agrado; es inmaculada y pura como digna Madre mía y por sus obras llegó al colmo de toda santidad y dones que nuestro poder infinito le ha comunicado; y cuando tuvo merecido el premio y pudo gozarle para no dejarle, careció de él por sola nuestra gloria y volvió a la Iglesia militante para su fundación, gobierno y magisterio [como Medianera de todas las gracias y con sus consejos]; y porque viva en ella para socorro de los fieles le dilatamos el descanso eterno, que muchas veces nos tiene merecido. En la suma bondad y equidad de nuestra providencia hay razón para que mi Madre sea remunerada en el amor y obras con que sobre todas las criaturas nos obliga, y no debe correr en ella la común ley de los demás. Y si yo para todas merecía premios infinitos y gracia sin medida, justo es que mi Madre las reciba sobre todo el resto de las que son tan inferiores, pues ella con sus obras corresponde a

nuestra liberal grandeza y no tiene impedimento ni óbice para que se manifieste en ella el poder infinito de nuestro brazo y participe de nuestros tesoros como Reina y Señora de todo lo que tiene ser criado.

600. A esta proposición de la humanidad santísima de Cristo respondió el Eterno Padre: Hijo mío dilectísimo, en quien yo tengo la plenitud de mi agrado y complacencia: Vos sois primogénito y cabeza de los predestinados, y en vuestras manos puse todas las cosas para que juzguéis con equidad a todos los tribus y generaciones y a todas mis criaturas. Distribuid mis tesoros infinitos y haced participante a vuestra voluntad a nuestra Amada, que os vistió de la carne pasible, conforme a su dignidad y mérito, en nuestra aceptación tan estimables.

601. Con este beneplácito del Eterno Padre determinó Cristo nuestro Salvador en presencia de los Santos, y como prometiéndolo a su Madre santísima, que desde aquel día, mientras ella viviese en la carne mortal, fuese levantada por los Ángeles al mismo cielo empíreo todos los días del domingo que daba fin a los ejercicios que hacía en la tierra y correspondían a la Resurrección del mismo Señor, para que estando en presencia del Altísimo en alma y cuerpo celebrase allí el gozo de aquel misterio. Determinó también el Señor que en la comunión cotidiana se le manifestase su santísima humanidad unida a la divinidad, por otro nuevo y admirable modo, diferente del que había tenido en esta luz hasta aquel día, para que este beneficio fuese como arras y prenda rica de la gloria que para su Madre tenía preparada en su eternidad. Conocieron los Bienaventurados cuán justo era hacer estos favores a la divina Madre para gloria del Omnipotente y demostración de su grandeza, y por la dignidad y santidad de la gran Reina y por la digna retribución que sola ella daba a tales obras, y todos

hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza al Señor, que en todas ellas era santo, justo y admirable.

602. Convirtió luego las razones Cristo nuestro bien a su purísima Madre, y la dijo: Madre mía amantísima, con vos estaré siempre en lo que os resta de vuestra mortal vida, y seré por nuevo modo tan admirable que hasta ahora no le conocieron los hombres ni los ángeles. Con mi presencia no tendréis soledad y donde yo estoy será mi patria, en mí descansaréis de vuestras ansias, yo recompensaré vuestro destierro, aunque será corto el plazo; no sean penosas para vos las prisiones del mortal cuerpo que presto seréis libre de ellas. Y en el ínterin que llega el día, yo seré el término de vuestras aflicciones y alguna vez correré la cortina que impide vuestros deseos amorosos y para todo os doy mi real palabra.—Entre estas promesas y favores estaba María santísima en lo profundo de su inefable humildad alabando, engrandeciendo y agradeciendo al Omnipotente la liberalidad de tan grande beneficio y aniquilándose a sí misma en su propia estimación. Este espectáculo ni se puede explicar ni entender en esta vida. Ver al mismo Dios levantar a su digna Madre justamente a tan alta excelencia y estimación de su divina sabiduría y voluntad, y verla a ella en competencia del poder divino humillarse, abatirse y deshacerse, mereciendo en esto la misma exaltación que recibía.

603. Tras de todo esto, fue iluminada y retocadas sus potencias, como otras veces he declarado (Cf. supra p.l n. 626ss.), para la visión beatífica. Y estando así preparada se corrió la cortina y vio a Dios intuitivamente, gozando sobre todos los Santos por algunas horas la fruición y gloria esencial: bebía las aguas de la vida en su misma fuente, saciaba sus ardentísimos deseos, llegaba a su centro y cesaba aquel movimiento velocísimo para volverle a comenzar de nuevo. Después de esta visión dio

gracias a la Beatísima Trinidad, y rogaba de nuevo por la Iglesia, y toda renovada y confortada la volvieron los mismos Ángeles al oratorio, donde quedó su cuerpo del modo que otras veces he significado para que no la echasen de menos (Cf. supra n. 400, 490). Y en bajando de la nube en que la volvieron, se postró en tierra como acostumbraba y allí se humilló después de este favor y beneficio, más que todos los hijos de Adán se reconocieron y humillaron después de sus pecados y miserias. Y desde aquel día por todos los que vivió en la tierra se cumplió en ella la promesa del Señor; porque todos los domingos, cuando acababa los ejercicios de la pasión, después de media noche, cuando llegaba la hora de la Resurrección, la levantaban todos sus Ángeles en un trono de nube y la llevaban al cielo empíreo, donde Cristo su Hijo santísimo la salía a recibir, y con un linaje de inefable abrazo la unía consigo. Y aunque no siempre se le manifestaba la divinidad intuitivamente, pero fuera de no ser esta visión gloriosa, era con tantos efectos y participación de los de la gloria que excede a toda capacidad humanada. Y en estas ocasiones la cantaban los Ángeles aquel cántico: *Regina coeli laetare, alleluia*; y era día muy festivo para todos los Santos, especialmente para San José, Santa Ana y San Joaquín, y todos sus más allegados y sus Ángeles custodios. Y luego consultaba con el Señor los negocios arduos de la Iglesia, pedía por ella y singularmente por los Apóstoles, y volvía a la tierra cargada de riquezas, como la nave del mercader que dice Salomón en el capítulo 31 de sus Proverbios (Prov 31, 14).

604. Este beneficio, aunque fue singular gracia del Altísimo, pero en algún modo se le debía a su beatísima Madre por dos títulos. El uno, porque ella misma carecía de la visión beatífica que por sus méritos se le debía y se privó de este gozo por el gobierno [con su intercesión como Medianera de todas las gracias de Dios y con sus

consejos] de la Iglesia, y estando en ella llegaba tantas veces a los términos de la vida, por la violencia del amor y deseos de ver a Dios, que para conservársela era muy congruente medio llevarla alguna vez a su divina presencia y lo que era posible y conveniente era como debido de Hijo a Madre. El otro título era, porque renovando cada semana en sí misma la pasión de su Hijo santísimo venía a sentirlo y como a morir de nuevo con el mismo Señor y por consiguiente debía resucitar con él. Y como Su Majestad estaba ya glorioso en el cielo, era puesto en razón que en su misma presencia hiciera participante a su misma Madre e imitadora del gozo de su Resurrección, para que con alegría semejante cogiese el fruto de los dolores y lágrimas que había sembrado.

605. En el segundo beneficio que le prometió su Hijo santísimo de la comunión, advierto que hasta la edad y tiempo de que voy hablando, dejaba algunos días la gran Reina la Sagrada Comunión, como fue en la jornada de Efeso y en algunas ausencias de San Juan Evangelista, o por otros incidentes que se ofrecían. Y la profunda humildad la obligaba a acomodarse a todo esto, sin pedirlo a los Apóstoles, dejándose a su obediencia; porque en todo fue la gran Señora dechado y maestra de la perfección, enseñándonos el rendimiento que debemos imitar, aun en lo que nos parece muy santo y conveniente. Pero el Señor, que descansa en los corazones humildes y sobre todo quería vivir y descansar en el de su Madre y muchas veces renovar en él sus maravillas, ordenó que desde este beneficio de que trato, comulgase cada día por los años que le restaban de vida. Esta voluntad del Altísimo conoció en el cielo Su Alteza, pero como prudentísima en todas sus acciones ordenó que se ejecutase la voluntad divina por medio de la obediencia de San Juan Evangelista, porque obrase en todo ella como inferior, como humilde y sujeta a quien la gobernaba en estas acciones.

606. Para esto no quiso manifestar por sí misma al Evangelista lo que sabía de la voluntad del Señor. Y sucedió que un día estuvo muy ocupado el Santo Apóstol en la predicación y se pasaba la hora de la comunión. Habló a los Santos Ángeles, consultándoles qué haría, y respondieronla que se cumpliese lo que su Hijo santísimo había mandado, y que ellos avisarían a San Juan Evangelista y le intimarían este orden de su Maestro. Y luego uno de los Ángeles fue a donde estaba predicando y manifestándosele le dijo: Juan, el Altísimo quiere que su Madre y nuestra Reina le reciba sacramentado cada día mientras viva en el mundo.—Con este aviso volvió luego el Evangelista al Cenáculo, donde María santísima estaba recogida para la comunión, y la dijo: Madre y Señora mía, el Ángel del Señor me ha manifestado el orden de nuestro Dios y Maestro para que Os administre su sagrado cuerpo sacramentado todos los días sin omitir alguno.—Respondióle la beatísima Madre: Y Vos, señor, ¿qué me ordenáis en esto?—Replicó San Juan: Que se haga lo que manda Vuestro Hijo y mi Señor.—Y la Reina dijo: Aquí está su esclava para obedecer en esto.—Desde entonces le recibió cada día sin faltar alguno por lo restante que vivió. Y los días de los ejercicios comulgaba viernes y sábado, porque el domingo era levantada al cielo empíreo, como se ha dicho (Cf. supra n.603), y aquel beneficio era en lugar de la comunión.

607. Al punto que recibía en su pecho las especies sacramentales, desde aquel día se le manifestaba debajo de ellas la persona de Cristo en la edad que instituyó el Santísimo Sacramento. Y aunque no se le descubría en esta visión la divinidad más que con la abstractiva que siempre tenía, pero la humanidad santísima se le manifestaba gloriosa, mucho más refulgente y admirable que cuando se transfiguró en el

Tabor. Y de esta visión gozaba tres horas continuas en acabando de comulgar, con efectos que no se pueden manifestar con palabras. Este fue el segundo beneficio que le ofreció su Hijo santísimo para recompensarle en algo la dilación de la eterna gloria que le tenía preparada. Y a más de esta razón tuvo otra el Señor en esta maravilla, que fue recompensar de antemano y desagraviarse de la ingratitud, tibieza y mala disposición con que los hijos de Adán en los siglos de la Iglesia habíamos de tratar y recibir el sagrado misterio de la Eucaristía. Y si María santísima no hubiera suplido esta falta de todas las criaturas, ni quedara dignamente agradecido este beneficio de parte de la Iglesia, ni el Señor quedara satisfecho del retorno que le deben los hombres por habérseles dado en este Sacramento.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles.

608. Hija mía, cuando los mortales, fenecido el breve curso de su vida, llegan al término que les puso Dios para merecer la eterna, entonces fenecen también todos sus engaños con la experiencia de la eternidad en que comienzan a entrar, para gloria o para pena que nunca tendrá fin. Allí conocen los justos en qué consistió su felicidad y remedio, y **los réprobos su lamentable y eterna perdición.** ¡Oh cuán dichosa es, hija mía, la criatura que en el breve momento de su vida procura anticiparse en la ciencia divina de lo que tan presto ha de conocer por experiencia! Esta es la verdadera sabiduría, no esperar a conocer el fin en el fin, sino en el principio de la carrera, para correrla no con tantas dudas de conseguirle, sino con alguna seguridad. Considera tú, pues, ahora cómo estarían los que al principio de una carrera mirasen un estimable premio puesto en el término y fin de aquel espacio y le hubiesen de ganar corriendo a él con toda diligencia. Cierto es que partirían

y correrían con toda ligereza, sin divertirse ni embarazarse en cosa alguna que los pudiese detener. Y si no corriesen y dejasen de mirar al premio y fin de su camino, o serían juzgados por locos, o que no saben lo que pierden.

609. Esta es la vida mortal de los hombres, en cuyo breve curso está por premio o por castigo la eterna de gloria o tormento que ponen fin a la carrera. Todos nacen en el principio para correrla con el uso de la razón y libertad de la voluntad, y en esta verdad nadie puede alegar ignorancia y menos los hijos de la Iglesia. ¿Pues dónde está el juicio y el seso de los que tienen fe católica? ¿Por qué los embaraza la vanidad? ¿Por qué o para qué se enredan en el amor de lo aparente y engañoso? ¿Por qué así ignoran el fin a donde llegarán tan brevemente? ¿Cómo no se dan por entendidos de lo que allí los aguarda? ¿Ignoran por ventura que nacen para morir, y que la vida es momentánea, la muerte infalible, el premio o castigo inexcusable y eterno (2 Cor 4, 17)? ¿Qué responden a esto los amantes del mundo, los que consumen toda su corta vida —que todas lo son mucho— en adquirir hacienda, en acumular honras, en gastar sus fuerzas y potencias, gozando corruptibles y vilísimos deleites?

610. Ea, amiga mía, advierte cuán falso y desleal es el mundo en que naciste y tienes a la vista. En él quiero que seas mi discípula, mi imitadora y parto de mis deseos y fruto de mis peticiones. Olvídalo todo con íntimo aborrecimiento, no pierdas de vista el término a donde aprisa caminas, el fin para que te formó de nada tu Criador; por esto anhela siempre, en esto se ocupen tus cuidados y suspiros; no te diviertas a lo transitorio, vano y mentiroso; sólo el amor divino viva en ti y consuma todas tus fuerzas, que no es amor verdadero el que las deja libres para amar otra cosa y todo no lo sujeta, mortifica y

arrebatada. Sea en ti fuerte como la muerte (Cant 8, 6), para que seas renovada como yo deseo. No impidas la voluntad de mi Hijo santísimo en lo que quiere obrar contigo, y asegúrate de su fidelidad, que remunera más que ciento por uno. Atiende con veneración humilde a lo que contigo hasta ahora se ha manifestado, y te exhorto y amonesto que hagas experiencia de nuevo de su verdad, como yo te lo mando. Para todo continuarás mis ejercicios con nuevo cuidado en acabando esta Historia. Y agrádecele al Señor el grande y estimable beneficio de haber ordenado y dispuesto por tus prelados que le recibas cada día sacramentado, y disponiéndote a mi imitación continúa las peticiones que yo te he amonestado y enseñado.

CAPITULO 12

Cómo celebraba María santísima su Inmaculada Concepción y natividad y los beneficios que estos días recibía de su Hijo y nuestro Salvador Jesús.

611. Todos los oficios y títulos honoríficos que tenía María santísima en la Santa Iglesia, de Reina, de Señora, de Madre, de Gobernadora y Maestra [como Medianera de todas las gracias de Dios] de los demás, se los dio el Omnipotente, no vacíos como los dan los hombres, sino con la plenitud y gracia sobreabundante que cada uno pedía y el mismo Dios podía comunicarle. Este colmo era de manera, que como Reina conocía toda su monarquía y lo que se extendía; como Señora sabía a dónde llegaba su dominio; como Madre conocía todos sus hijos y familiares de su casa, sin que ninguno se le ocultase por ningún siglo de los que sucederían en la Iglesia; como Gobernadora [Medianera de todas las gracias de Dios] conocía a todos los que estaban por su cuenta; y como Maestra llena de toda sabiduría estaba muy capaz de toda la ciencia con que la Santa Iglesia en todos tiempos

y edades había de ser gobernada y enseñada, mediante su intercesión, por el Espíritu Santo, que la había de encaminar y regir hasta el fin del mundo.

612. Por esta causa, no sólo tuvo nuestra gran Reina clara noticia de todos los Santos que la precedieron y sucedieron en la Iglesia, de sus vidas, obras, muerte y premios que alcanzarían en el cielo, pero junto con esto la tuvo de todos los ritos, ceremonias, determinaciones y festividades que en la sucesión de los tiempos ordenaría la Iglesia, de las razones, motivos, necesidad y tiempos oportunos en que todas estas cosas se establecerían con la asistencia del Espíritu Santo, que nos da el alimento en el tiempo más conveniente para la gloria del Señor y aumento de la Iglesia, y porque de todo esto he dicho algo en el discurso de esta divina Historia, particularmente en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 734, 789), no es necesario repetirlo en ésta. Pero de esta plenitud de ciencia y de la santidad que le correspondía en la divina Maestra, nació en ella una emulación santa del agradecimiento, del culto, veneración y memoria que tenían los Ángeles y Santos en la Jerusalén triunfante, para introducirlo todo en la militante, en cuanto ésta pudiese imitar aquella, donde tantas veces había visto todo lo que allí se hacía en alabanza y gloria del Altísimo.

613. Con este espíritu más que seráfico comenzó a practicar en sí misma muchas de las ceremonias, ritos y ejercicios que después ha imitado la Iglesia, y les advirtió y enseñó a los Apóstoles para que los introdujesen según entonces era posible. Y no sólo inventó los ejercicios de la pasión que dije arriba (Cf. supra n. 577), sino otras muchas costumbres y acciones que después se han renovado en los templos y en las congregaciones y religiones. Porque todo cuanto conocía que fuese del culto del Señor o ejercicio de virtud lo ejecutaba, y

como era tan sabia, nada ignoraba de lo que se podía saber. Entre los ejercicios y ritos que inventó, fue celebrar muchas fiestas del Señor y suyas, para renovar la memoria de los beneficios de que se hallaba obligada, así los comunes del linaje humano como los particulares suyos, y dar gracias y adoración al autor de todos. Y no obstante que toda su vida ocupaba en esto sin omisión ni olvido, con todo eso, cuando llegaban los días en que sucedieron aquellos misterios, se disponía y señalaba en celebrarlos con nuevos ejercicios y reconocimiento. Y porque de otras festividades diré en los capítulos siguientes, sólo quiero decir en éste cómo celebraba su Inmaculada Concepción y Nacimiento, que eran los primeros de su vida. Y aunque estas conmemoraciones o fiestas las comenzó desde la Encarnación del Verbo, pero singularmente las celebraba después de la Ascensión y más en los últimos años de su vida.

614. El día octavo de diciembre de cada año celebraba su Inmaculada Concepción con singular júbilo y agradecimiento sobre todo encarecimiento, porque este beneficio fue para la gran Reina de suma estimación y aprecio y para corresponder a él con el debido agradecimiento se imaginaba menos suficiente. Comenzaba desde la tarde antes y ocupaba toda la noche en admirables ejercicios y lágrimas de gozo, humillaciones, postraciones y cánticos de alabanza y loores del Señor. Considerábase formada del común barro y descendiente de Adán por el común orden de la naturaleza, pero elegida, entresacada y preservada sola ella entre todos de la común ley y exenta del pesado tributo de la culpa y concebida con tanta plenitud de dones y de gracia. Convidaba a los Ángeles para que la ayudasen a ser agradecida, y con ellos alternaba los nuevos cánticos que hacía. Luego pedía lo mismo a los demás Ángeles y Santos que estaban en el cielo, pero de tal manera se inflamaba en el amor divino, que siempre

era necesario la confortase el Señor para que no muriese y se le consumiera el natural temperamento.

615. Después de haber gastado casi toda la noche en estos ejercicios, descendía del cielo Cristo nuestro Salvador y los Ángeles la levantaban a su real trono y la llevaban en él al cielo empíreo, donde se continuaba la celebridad de la fiesta con nuevo júbilo y gloria accidental de los cortesanos de la celestial Jerusalén. Allí la beatísima Madre se postraba y adoraba a la santísima Trinidad y de nuevo daba gracias por el beneficio de su inmunidad y Concepción Inmaculada, y luego la volvían a la diestra de Cristo su Hijo santísimo. Y estando así, el mismo Señor hacía un género de confesión y alabanza al Eterno Padre porque le había dado Madre tan digna y llena de gracia y exenta de la común culpa de los hijos de Adán. Y de nuevo confirmaban las tres divinas Personas aquel privilegio, como si le ratificaran, aprobaran y confirmaran la posesión de él en la gran Señora, complaciéndose de haberla tanto favorecido entre todas las criaturas. Y para testificar de nuevo a los Bienaventurados esta verdad, salió una voz del trono en nombre de la persona del Padre que decía: Hermosos son tus pasos, hija del Príncipe (Cant 7, 1), y concebida sin mácula de pecado.—Otra voz del Hijo decía: Purísima es y sin contagio de la culpa mi Madre, que me dio forma en que redimir a los hombres.—Y el Espíritu Santo dijo: Toda es hermosa mi Esposa, toda es hermosa y sin mancha de la común culpa (Cant 4, 7).

616. Tras de estas voces se oían las de todos los coros de los Ángeles y Santos, que con armonía dulcísima decían: María santísima concebida sin pecado original.—A todos estos favores respondía la prudentísima Madre con agradecimiento, culto y alabanza del Altísimo y con tan profunda humildad que excedía a todo pensamiento angélico. Y luego para

concluir la solemnidad era levantada a la visión intuitiva de la Santísima Trinidad y gozaba por algunas horas de esta gloria y después la volvían los Ángeles al cenáculo. Con este modo se continuó la celebridad de su Concepción Inmaculada después de la Ascensión de su Hijo santísimo a los cielos. Y ahora se celebra en ellos el mismo día por diferente modo, que diré en otro libro que tengo orden para escribir, de la Iglesia y Jerusalén triunfante, si el Señor me concediere escribirlo (Paarece ser que la autora no llegó a escribir este libro). Pero desde la Encarnación del Verbo comenzó a celebrar esta fiesta y otras, porque hallándose Madre de Dios comenzó a renovar los beneficios que para esta dignidad había recibido, pero entonces hacía estas festividades con sus Santos Ángeles y con el culto y agradecimiento que daba a su mismo Hijo, de quien había recibido tantas gracias y favores. Lo demás que hacía en su oratorio, cuando descendía del cielo, es lo mismo que otras veces he dicho (Cf. supra n. 4, 168, 388, 400, etc.), después de otros beneficios semejantes, porque en todos crecía su humildad admirable.

617. La fiesta y memoria de su nacimiento celebraba a ocho de septiembre en que nació y comenzaba a prima noche con los mismos ejercicios, postraciones y cánticos que en la concepción. Daba gracias por haber nacido con vida a la luz de este mundo y por el beneficio que luego recibió en naciendo, de haber sido llevada al cielo y haber visto la divinidad intuitivamente, como dije en la primera parte en su lugar (Cf. supra p. I n. 331, 333). Proponía de nuevo emplear toda su vida en el mayor servicio y agrado del Señor que alcanzase Su Alteza a conocer, pues sabía que se la daban para esto. Y la que en el primer lugar, paso y entrada de la vida se adelantó en merecimientos a los supremos santos y serafines, en el término así proponía comenzar de nuevo aquel día a trabajar como si fuera el primero en que comenzara la

virtud, y de nuevo pedía al Señor la ayudara y gobernara todas sus acciones y las encaminara al más alto fin de su gloria.

618. Para lo demás que hacía en esta fiesta, aunque no era llevada al cielo como el día de su concepción, pero de allá descendía su Hijo santísimo a su oratorio con muchos coros de Ángeles, con los antiguos Patriarcas y Profetas, y señaladamente con San Joaquín, Santa Ana y San José. Con esta compañía bajaba Cristo nuestro Salvador a celebrar la natividad de su beatísima Madre en la tierra. Y la purísima entre las criaturas, en presencia de aquella celestial compañía, le adoraba con admirable reverencia y culto y de nuevo le daba gracias por haberla traído al mundo, y por los beneficios que para esto le había hecho. Luego los Ángeles hacían lo mismo, y le cantaban diciendo: *Nativitas tua*, etc., que quiere decir: tu nacimiento, oh Madre de Dios, anunció a todo el universo grande gozo, porque de ti nació el Sol de Justicia, nuestro Dios. Los Patriarcas y Profetas también hacían sus cánticos de gloria y agradecimiento: Adán y Eva porque había nacido la reparadora de su daño, los Padres y Esposo de la Reina porque les había dado tal hija y tal Esposa. Y luego el mismo Señor levantaba a la divina Madre de la tierra donde estaba postrada y la colocaba a su diestra, y en aquel lugar se le manifestaban nuevos misterios con la vista de la divinidad, que si bien no era intuitiva y gloriosa, era la abstractiva con mayor claridad y aumentos de la divina luz.

619. Con estos favores tan inefables quedaba de nuevo transformada en su Hijo santísimo, encendida y espiritualizada para trabajar en la Iglesia, como si comenzara de nuevo. En estas ocasiones mereció el Sagrado Evangelista Juan participar algunos gajes de la fiesta, oyendo la música con que los ángeles la

celebraban. Y estando el mismo Señor en el oratorio con los Ángeles y Santos que le asistían, decía Santa Misa el Evangelista y comulgaba a la gran Reina, asistiendo a la diestra de su mismo Hijo a quien sacramentado recibía en su pecho. Todos estos misterios eran espectáculo de nuevo gozo para los Santos, que también servían como de padrinos en la comunión más digna que después de Cristo se vio, ni se verá en el mundo. Y en recibiendo la gran Señora a su Hijo sacramentado, la dejaba recogida consigo mismo en aquella forma, y en la que tenía gloriosa y natural se volvía a los cielos. ¡ Oh maravillas ocultas de la Omnipotencia divina! Si con todos los Santos se manifiesta Dios grande y admirable (Sal 47, 36), ¿qué sería con su digna Madre, a quien amaba sobre todos y para quien reservó lo grande y exquisito de su sabiduría y poder? Todas las criaturas le confiesen y le den gloria, virtud y magnificencia.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

620. Hija mía, la primera doctrina de este capítulo quiero que sea la respuesta de un recelo que conozco en tu corazón sobre los misterios tan altos y singulares de mi vida, que escribes en esta Historia. Dos cuidados te han salteado el interior: el uno es si tú eres instrumento conveniente para escribir estos secretos, o fuera mejor los escribiera otra persona más sabia y perfecta en la virtud, que les diera más autoridad, porque tú eres la menor de todas y más inútil e ignorante; lo segundo, dudas, si los que leyeren estos misterios les darán crédito por muy raros y nunca oídos, particularmente las visiones beatíficas e intuitivas de la divinidad que yo tuve tantas veces en la vida mortal. A la primera de estas dudas te respondo, concediéndote que tú eres la menor y más inútil de todos, que pues de la boca del Señor lo has oído, y yo te lo confirmo, así debes

entenderlo; pero advierte que el crédito de esta Historia y todo lo que en ella se contiene, no pende del instrumento sino del autor, que es la suma verdad y de la que en si contiene lo que escribes, y en esto nada le pudiera añadir el más supremo serafín si la escribiera, ni tú tampoco se la puedes quitar ni disminuir.

621. Que lo escribiera un ángel no era conveniente; y también los incrédulos y tardos de corazón hallaran cómo calumniarlo. Necesario era que el instrumento fuera hombre; pero no era conveniente el más docto, ni sabio, a cuya ciencia se atribuyera, o que con ella se equivocara la divina luz y se conociera menos, o se atribuyera a industria y pensamiento humano. Mayor gloria de Dios es que lo sea una mujer, a quien nada pudo ayudar la ciencia ni la propia industria. Y también yo tengo especial gloria y agrado en esto, y que seas tú el instrumento; porque conocerás tú y todos que no hay en esta Historia cosa tuya, ni que tú la debes atribuir más a ti que a la pluma con que lo escribes, pues tú sólo eres instrumento de la mano del Señor y manifestadora de mis palabras. Y porque tú eres tan vil y pecadora, no temas que negarán a mí la honra que me deben los mortales, pues si alguno no diere crédito a lo que escribes no te agraviará a ti, sino a mí y a mis palabras. Y aunque tus faltas y culpas sean muchas, todas puede extinguirlas la caridad del Señor y su piedad inmensa, que para eso no ha querido elegir otro mayor instrumento, sino levantarte a ti del polvo y manifestar en ti su liberal potencia, empleando esta doctrina en quien se pueda conocer mejor la verdad y eficacia que en sí tiene; y así quiero que la limites y ejecutes en ti misma y seas tal como deseas.

622. A la segunda duda y cuidado que tienes, si te darán crédito a lo que escribes por la grandeza de estos misterios, tengo respondido mucho en todo el discurso de

esta Historia. El que hiciere de mí digno concepto y aprecio, no hallará dificultad en darme crédito, porque entenderá la proporción y correspondencia que tienen todos los beneficios que escribes en el de la dignidad de Madre de Dios, a que todos corresponden, porque Su Majestad hace las obras perfectas; y si alguno duda en esto, cierto es que ignora lo que Dios es y lo que yo soy. Pero si Dios se ha manifestado tan poderoso y liberal con lo demás Santos y de muchos hay opinión en la Iglesia que vieron la divinidad en vida mortal y es cierto que la vieron, ¿cómo o con qué fundamento se me ha de negar a mí lo que se concede a otros tan inferiores? Todo lo que les mereció mi Hijo santísimo y los favores que les hizo se ordenaron a su gloria y después a la mía, y más se estima y ama el fin que los medios que se aman por él; luego mayor fue el amor que inclinó a la voluntad divina para favorecerme a mí que a todos los demás que por mí ha beneficiado; y lo que hizo una vez con ellos, no es maravilla que lo hiciera muchas con la que eligió por Madre.

623. Ya saben los piadosos y los prudentes, y así lo han enseñado en mi Iglesia, que la regla por donde se miden los favores que recibí de la diestra de mi Hijo santísimo es su omnipotencia y mi capacidad, porque me concedió todas las gracias que pudo concederme y yo fui capaz de recibir. Estas gracias no estuvieron en mí ociosas, antes siempre fructificaron todo cuanto en pura criatura era posible. El mismo Señor era mi Hijo y todopoderoso para obrar donde no le pone óbice la criatura; pues yo no le puse, ¿quién se atreverá a limitarle sus obras y el amor que me tenía como a Madre, que él mismo hizo digna de sus beneficios y favores sobre todo el resto de los Santos, y que ninguno careció de gozarle una hora por ayudar a su Iglesia, como yo lo hice? Y si pareciere mucho todo lo demás que hizo conmigo, quiero que entiendas y entiendan todos que todos sus beneficios se fundaron y

encerraron en hacerme concebida sin pecado, porque más fue hacerme digna de su gloria cuando no pude merecerla, que manifestármela cuando la tenía merecida y sin impedimento para recibirla.

624. Con estas advertencias quedarán vencidos tus celos y lo demás queda por mi cuenta y por la tuya seguirme e imitarme, que para ti es el fin de todo lo que entiendes y escribes. Este ha de ser tu desvelo, proponiendo de no omitir virtud alguna que conocieres, en que no trabajes para ejecutarla. Y para esto quiero que entiendas también a lo que obraban otros Santos que han seguido a mi Hijo santísimo y a mí, pues tú no debes menos que ellos a su misericordia y con ninguno he sido yo más piadosa y liberal. En mi escuela quiero que aprendas el amor, el agradecimiento y la humildad de verdadera discípula mía, porque en estas virtudes quiero que te señales y adelantes mucho. Todas mis festividades has de celebrar con íntima devoción y convidar a los Santos y Ángeles que te ayuden en esto y en especial la fiesta de mi Inmaculada Concepción en que yo fui tan favorecida del poder divino y tuve tanto gozo con este beneficio, y ahora le tengo muy particular de que los hombres le reconozcan y alaben al Altísimo por este raro milagro. El día que tú naciste al mundo harás particulares gracias al Señor a mi imitación y alguna cosa señalada de su servicio, y sobre todo debes proponer desde aquel día mejorar tu vida y comenzar de nuevo a trabajar en esto; y así debían hacerlo todos los nacidos y no emplear esta memoria en vanas demostraciones de alegría terrena en los días de sus nacimientos.

CAPITULO 13

Celebra María santísima otros beneficios y fiestas con sus Ángeles, en especial su Presentación, y las festividades de San Joaquín, santa Ana y San José.

625. La gratitud de los beneficios que recibe la criatura de mano del Señor es una virtud tan noble, que con ella conservamos el comercio y correspondencia con el mismo Dios, dándonos él como rico y liberal y todopoderoso, y agradeciendo nosotros como pobres, humildes y reconocidos. Condición es del que da como liberal y generoso contentarse con solo el agradecimiento del que como necesitado ha menester recibir; y el agradecimiento es un retorno breve, fácil y deleitable, que satisface al liberal y le obliga a serlo de nuevo con el agradecido. Y si esto sucede aun entre los hombres de corazón magnánimo y generoso, mucho más cierto será entre Dios y los hombres; porque nosotros somos la misma miseria y pobreza, él es rico, liberalísimo y que si alguna necesidad podremos imaginar en él no es de recibir sino de dar. Pero como este gran Señor es tan sabio, justo y rectísimo, nunca nos desecha por pobres, sino por ingratos; quiere darnos mucho, pero que seamos agradecidos y le demos la gloria, honra y alabanza que se encierran en la gratitud. Esta correspondencia en los menores beneficios le obliga para otros mayores y, si todos los agradecemos, los multiplica, y sólo el que es humilde los asegura siendo también agradecido.

626. La Maestra de esta ciencia fue María santísima, porque habiendo recibido sola ella el colmo y plenitud de beneficios que la Omnipotencia pudo comunicar a una pura criatura, ninguno olvidó, ni dejó de reconocer y agradecer con todo el lleno y perfección que a una pura criatura se le podía pedir. Para cada uno de los dones de naturaleza y gracia que reconocía haber recibido, y ninguno dejaba de conocer, tenía sus particulares cánticos de alabanza y agradecimiento y otros particulares ejercicios y admirables en que hacía memoria de ellos con algún especial retorno. Y para esto tenía en todo el año señalados días, y en los días y horas

en que renovaba estas mercedes daba gracias por ellas. A todas estas obras y solicitud se añadía la que tenía del gobierno [como Medianera de todas las gracias divinas y con sus consejos] de la Iglesia, de la enseñanza de los Apóstoles y discípulos, el consejo de los que la consultaban y venían a ella, que eran innumerables, y a ninguno se le negaba, ni faltaba a necesidad alguna de los fieles.

627. Y si el agradecimiento digno obliga tanto a Dios y le inclina para renovar y acrecentar sus beneficios, ¿qué pensamiento podrá imaginar cuánto le obligaba y rendía su corazón el que por tantos y tan levantados favores le daba su prudentísima Madre con la plenitud, humildad y amor y alabanzas que por todos y por cada uno ofrecía? Todos los demás hijos de Adán en su comparación somos tardos, ingratos, y tan pesados de corazón que lo poco, si algo hacemos, nos parece mucho; pero a la oficiosa y agradecida Reina lo mucho le pareció poco, y obrando lo sumo de potencia se juzgaba remisa y menos diligente. En otra ocasión he dicho (Cf. supra n. 308) que la actividad de María santísima era semejante a la del mismo Dios, que es un acto purísimo que obra con el mismo ser, sin que pueda cesar en sus operaciones infinitas. De esta condición y excelencia de la divinidad tuvo nuestra gran Reina una participación inefable, porque toda ella parecía una operación infatigable y continua; y si la gracia en todos es impaciente, sólo por estar ociosa en María, que era gracia sin tasa y, a nuestro modo de entender, sin la común medida, no es mucho que la diese tan alta participación del ser de Dios y de sus condiciones.

628. No puedo encarecer ni manifestar este secreto mejor que con la admiración de los Santos Ángeles, a quienes era más patente. Muchas veces sucedía que, maravillados de lo que en su gran Reina y Señora

contemplaban, entre sí mismos unas veces y otras hablando con Su Majestad, decían: Poderoso, grande y admirable es Dios en esta criatura sobre todas sus obras. Grandemente nos excede en ella la humana naturaleza. Eternamente sea bendito y engrandecido tu Hacedor, oh María. Tú eres el decoro y hermosura de todo el linaje humano. Tú eres emulación santa de los espíritus divinos angélicos y admiración de los moradores del cielo. Eres la maravilla del poder de Dios, la ostentación de su diestra, el compendio de las obras del Verbo humanado, retrato ajustado de sus perfecciones, estampa de todos sus pasos, que se asimila en todo al mismo que diste forma en tu vientre. Tú eres digna Maestra de la Iglesia militante y especial gloria de la triunfante, honra de nuestro pueblo y Reparadora del propio tuyo. Todas las naciones conozcan tu virtud y grandeza, y todas las generaciones te alaben y bendigan. Amén.

629. Con estos príncipes celestiales celebraba María santísima las memorias de sus beneficios y dones del Señor. Y el convidarlos para que la asistiesen y ayudasen en este agradecimiento, no sólo nacía de su ardentísimo y ferventísimo amor que todo lo merecía y solicitaba por la insaciable sed que causa el fuego de caridad donde arde, pero también obraba en esto su profunda humildad con que se reconocía obligaba sobre todas las criaturas, y así las convidaba a todas para que le ayudasen a desempeñarse de esta deuda, aunque nadie sino ella misma podía pagarla dignamente. Y con esta sabiduría trasladaba a la tierra en su oratorio la corte del supremo Rey y del mundo hacía un nuevo cielo.

630. El día que correspondía a su presentación en el templo celebraba todos los años este beneficio, comenzando de la vigilia por la tarde y gastando toda la noche en ejercicios y hacimiento de gracias, como en la concepción y natividad se ha dicho (Cf supra n. 614, 617).

Reconocía el beneficio de haberla llevado el Señor a su templo y casa de oración en tan pequeña edad y todos los favores que en ella recibió mientras allí estuvo. Pero lo más admirable de esta fiesta es que, estando la gran Señora de las virtudes llena de divina sabiduría, renovaba en su memoria los documentos y doctrina que el sacerdote y su maestra le habían dado en su niñez en el templo. El mismo cuidado tenía de lo que sus santos padres Joaquín y Ana le habían enseñado y luego todo lo que de los Apóstoles había advertido. Y todo esto lo ejecutaba de nuevo en el grado que para aquella mayor edad convenía. Y aunque para todas sus obras y sobre toda enseñanza bastaba la de su Hijo santísimo, con todo eso renovaba la que de todos había recibido; porque en materia de humillarse y obedecer como inferior, dejándose enseñar, ni perdía punto ni secreto ingenioso de estas virtudes que no ejecutase. ¡ Oh cuánto levantó de punto los documentos de los sabios! No estribes en tu prudencia, ni seas sabio contigo mismo (Prov 3, 5-7), no desprecies los avisos y doctrina de los presbíteros y vive siempre conforme a sus proverbios (Eclo 8,9), no queráis saber altamente con vosotros mismos, pero ajustados a los humildes (Rom 12, 16).

631. Cuando celebraba esta fiesta, sentía la gran Reina algún cariño como natural del retiro que tuvo en el templo, no obstante que prontamente obedeció al Señor en dejarle y en todos los altísimos fines para que la sacó de él; pero con todo eso se lo recompensaba su largueza con algunos favores que en esta fiesta la hacía. Descendía Su Majestad del cielo este día con la magnífica grandeza y compañía de Ángeles que en otras ocasiones y llamando a su beatísima Madre en su oratorio la decía: Madre mía y paloma mía, venid a mí que soy vuestro Dios y vuestro Hijo. Yo quiero daros templo y habitación más alta, más segura y divina, que será en mi propio ser; venid, carísima y amiga mía, a

vuestra legítima morada.—Con estas dulcísimas palabras levantaban los serafines del suelo a su Reina —porque en la presencia de su Hijo siempre estaba postrada hasta que la mandase levantar— y con música celestial la colocaban a la diestra del mismo Señor. Y luego sentía o conocía que la divinidad de Cristo la llenaba toda como a templo de su gloria y que la bañaba, vestía y rodeaba como el mar al pez que en sí tiene, y con este linaje de unión y como contacto divino sentía nuevos e indecibles efectos, porque se le daba un género de posesión de la divinidad que no puedo explicar, pero en él sentía la divina Madre gran satisfacción y júbilo fuera de ver a Dios cara a cara.

632. A este gran favor llamaba la prudente Madre “mi altísimo refugio y morada”, y a la fiesta llamaba “del ser de Dios”; y hacía cánticos admirables para significarlo y agradecerlo. Y el fin de este día era dar gracias al Omnipotente por los Patriarcas y Profetas antiguos, desde Adán hasta sus padres naturales, en quien se concluían. Agradecía todos los dones de gracia y de naturaleza que el poder divino les había dado y por todo lo que profetizaron y lo que de ellos cuentan las Escrituras Sagradas. Luego se volvía a sus padres San Joaquín y Santa Ana y les daba gracias porque tan niña la ofrecieron a Dios en el templo, pedíales que en la celestial Jerusalén, donde gozaban de la visión beatífica, agradeciesen por ella este beneficio y que pidiesen al Muy Alto la enseñase a ser agradecida y la gobernase en todas sus obras. Y sobre todo les volvía a rogar diesen gracias al omnipotente Señor por haberla hecho exenta del pecado original para elegirla por Madre suya, porque estos dos beneficios siempre los miraba como inseparables.

633. Los días de San Joaquín y Santa Ana los celebraba casi con estas mismas ceremonias; y entrambos los

Santos descendían al oratorio con Cristo nuestro Salvador y con multitud de Ángeles innumerables, y con ellos daba gracias al Señor por haberla dado padres tan santos y conformes a la divina voluntad y por la gloria con que los había remunerado. Por todas estas obras del Señor hacía nuevos cánticos con los Ángeles, y ellos los repetían con música dulcísima y sonora. A más de esto sucedía otra cosa en estas festividades de sus padres, que los Ángeles de la misma Reina, y otros que descendían de las alturas, cada orden y coro explicaba a la gran Señora un atributo o perfección del ser de Dios y luego del Verbo humanado. Y este coloquio tan divino era para ella de incomparable júbilo y nuevos incentivos de sus afectos amorosos. Y San Joaquín y Santa Ana recibían de esto grande gozo accidental; y al fin de todos estos misterios la gran Señora pedía la bendición a sus padres y se volvían al cielo, quedando ella postrada en tierra, agradeciendo de nuevo aquellos beneficios.

634. En la fiesta de su castísimo y santísimo esposo José celebraba el desposorio en que se le dio el Señor por compañía fidelísima, para ocultar los misterios de la Encarnación del Verbo y para ejecutar con tan alta sabiduría los secretos y obras de la Redención humana. Y como todas estas obras del altísimo y eterno consejo estaban depositadas en el corazón prudentísimo de María y les daba la ponderación digna que pedían, era inefable el gozo y el agradecimiento con que celebraba estas memorias. Descendía a la fiesta el santísimo esposo José con resplandores de gloria y millares de ángeles que le acompañaban, y con su música celebraban la solemnidad con grande júbilo y autoridad y cantaban los himnos y nuevos cánticos que hacía la divina Maestra para agradecimiento de los beneficios que su santo esposo y ella misma habían recibido de la mano del Altísimo.

635. Y después de haber gastado en esto muchas horas, hablaba en otras de aquel día con el glorioso esposo San José sobre las perfecciones y atributos divinos; porque en ausencia del Señor éstas eran las pláticas y conferencias en que más se deleitaba la amantísima Madre. Y para despedirse del santo esposo, le pedía rogase por ella en la presencia de la divinidad y la alabase en su nombre. Encomendábale también las necesidades de la Iglesia Santa y de los Apóstoles, para que rogase por todos, y sobre esto le pedía la bendición, con que el glorioso Santo se volvía a los cielos y Su Alteza quedaba continuando los actos de humildad y agradecimiento que acostumbraba. Pero advierto dos cosas: la primera, que en estas festividades, cuando su Hijo vivía en el mundo y se hallaba presente a ellas, solía asistir a su Madre beatísima y mostrársele transfigurado como en el Tabor. Este favor la hizo muchas veces a ella sola, y las más fueron en estas ocasiones; porque con él la pagaba en algún premio su íntima devoción y humildad y la renovaba toda con los efectos divinos que de esta maravilla le resultaban. Lo segundo advierto que, para celebrar estos favores y beneficios, sobre todo lo dicho añadía la gran Reina otra diligencia digna de su piedad y de nuestra atención. Esto es, que en los días ya señalados, y en otros que diré adelante, daba de comer a muchos pobres aderezándoles la comida y sirviéndolos por sus manos, puesta de rodillas en su presencia para servirlos. Y para esto ordenó al Evangelista le trajese los pobres más desvalidos y necesitados, y el Santo lo ejecutaba como su Reina lo mandaba. Y a más de esto aderezaba otra comida de más regalo, para enviar a los hospitales a los enfermos pobres que no podía traer a su casa, y después iba ella a consolarlos y remediarlos con su presencia. Este era el modo con que celebraba María santísima sus fiestas y el que enseñó a los fieles que imitasen, para ser agradecidos en todo y por todo lo que les fuese posible con sacrificio de alabanza y de obras.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

636. Hija mía, el pecado de la ingratitud con Dios es uno de los más feos que cometen los hombres y con que se hacen más indignos y aborrecibles en los ojos del mismo Señor y de los Santos, que tienen un linaje de horror con esta torpísima grosería de los mortales. Y aunque para ellos es tan perniciosa, ninguna otra culpa cometen con mayor descuido y frecuencia cada uno en particular. Verdad es que para no desobligarse tanto el mismo Señor de este ingratisimo y general olvido de sus beneficios ha querido que la Santa Iglesia en común recompense en algo el defecto que sus hijos y todos hombres tienen en ser agradecidos a Dios. Y para reconocer sus beneficios hace el cuerpo de la Iglesia tantas oraciones, peticiones y sacrificios de su alabanza y gloria, como están ordenados en la misma Iglesia. Pero como los favores y gracias de su liberal y atenta Providencia tocan no sólo a lo común de los fieles, mas también a cada uno en particular que recibe el beneficio, no se desempeñan de esta duda con el agradecimiento común, porque cada uno singularmente le debe por lo que a él le toca de la divina largueza.

637. ¡ Cuántos hay en los mortales, que en toda su vida no han hecho un acto de verdadero agradecimiento a Dios, porque se la dio, porque se les conservó, porque les da salud, fuerzas, alimentos, honra, hacienda, con otros bienes temporales y naturales! Otros hay que, si alguna vez agradecen estos beneficios, no lo hacen porque de verdad aman a Dios que se los ha dado, sino por el amor que tienen a sí mismos y porque se deleitan en estas cosas temporales y terrenas y se alegran de poseerlas. Y este engaño se conocerá con dos indicios: el uno, que cuando pierden estos bienes terrenos y

transitorios se contristan, despechan y desconsuelan y no saben pensar en otra cosa ni pedirla ni estimarla, porque sólo aman lo aparente y transitorio; y aunque muchas veces suele ser beneficio del Señor privarlos de la salud, honra, hacienda y otras cosas semejantes, para que no se entreguen desordenada y ciegamente a ellas, con todo eso lo tienen por desdicha y como por agravio, y siempre quieren que se vaya el corazón tras de lo que perece y se acaba, para perecer con ello.

638. El otro indicio de este engaño es, que con el ciego apetito de esto transitorio no se acuerdan de los beneficios espirituales, ni saben conocerlos ni agradecerlos. Esta culpa es torpísima y formidable entre los hijos de la Iglesia, a quienes la misericordia infinita, sin que nadie la obligara y se lo mereciera, quiso traer al camino seguro de la eterna vida, aplicándoles señaladamente los merecimientos de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo. Cada uno de los que hoy están en la Iglesia Santa pudo nacer en otros tiempos y en otros siglos antes que viniera Dios al mundo, y después le pudo criar entre paganos, idólatras, herejes y otros infieles, donde fuera probable su eterna condenación. Sin haberlo merecido los llamó a la fe, dándoles conocimiento de la verdad segura, justificólos por el bautismo, dioles sacramentos, ministros, doctrina y luz de la vida eterna. Púsolos en el camino cierto, ayúdales con auxilios, perdónales cuando han pecado, levántalos cuando han caído, espéralos a penitencia, convídales con misericordia y los premia con mano liberalísima. Defiéndelos con sus Ángeles, dales a sí mismo en prendas y en alimento de vida espiritual, para esto acumula tantos beneficios, que ni hay número ni medida, ni pasa día ni hora en que no crece esta deuda.

639. Pues dime, oh hija mía, ¿qué agradecimiento se debe a tan liberal y paternal clemencia? Y ¿cuántos hay

que le tengan dignamente? Y el más ponderable beneficio es que con esta ingratitud no se hayan cerrado las puertas y secado las fuentes de esta misericordia, porque es infinita. La raíz de donde principalmente se origina este desagradecimiento tan formidable en los hombres es la desmedida ambición y codicia que tienen de los bienes temporales, aparentes y transitorios. De esta insaciable sed nace su ingratitud, porque, como desean tanto lo temporal, les parece poco lo que reciben y ni agradecen estos beneficios ni se acuerdan de los espirituales, y con esto son ingratisimos en los unos y en los otros. Y sobre esta pesada estulticia suelen añadir otra mayor, que es pedir a Dios les conceda no sólo aquello que han menester sino las cosas que se les antojan y han de ser para su misma perdición. Entre los hombres es cosa fea que uno pida a otro algún beneficio cuando le han ofendido, y mucho más si lo pide para ofenderle más con ello. Pues ¿qué razón hay para que un hombre vil y terreno, enemigo de Dios, le pida la vida, la salud, la honra, la hacienda, y otras cosas que nunca las supo agradecer ni usó de ellas más que contra el mismo Dios?

640. Y si a esto se añade que jamás agradeció el beneficio de haberle criado, redimido, llamado, esperado, justificado y tenerle preparada la misma gloria de que goza Dios, si el hombre quiere granjearla, claro está que será desmedida temeridad y audacia pedir el que se hizo tan indigno por su ingratitud, si no pide el conocimiento y dolor de tal ofensa. Aseguróte, carísima, que este pecado tan repetido de la ingratitud con Dios es una de las mayores señales de probable [Dios quiere que todos se salven y da gracia suficiente a todos, pero muchos se condenan por su propia culpa por abuso del libre albedrío] reprobación en los que le cometen con tanto olvido y descuido. Y también es mal indicio que conceda el justo juez los bienes temporales a los que

piden éstos con olvido del beneficio de la Redención y justificación, porque todos éstos, olvidando el medio de su eterna vida, piden el instrumento de su muerte, y el concedérsele no es beneficio sino castigo de su ceguedad.

641. Todos estos daños te manifiesto para que los temas y te alejes de su peligro; pero entiende que tu agradecimiento no ha de ser común y ordinario, porque tus beneficios exceden a tu conocimiento y ponderación. No te dejes llevar ni engañar con encogerte a título de humildad, para no conocerlos y agradecerlos como debes. No ignoras el desvelo que ha puesto el demonio contigo, para que se te desvanezcan las obras y favores del Señor y míos a vista de tus faltas y miserias, procurando hacer incompatibles con ellas los bienes y verdad que has recibido. De este engaño acaba ya de sacudirte, conociendo que te aniquilas y humillas cuando más atribuyes a Dios los bienes que de su larga mano recibes; y cuanto más le debes, tanto más pobre te hallarás para el retorno de la mayor deuda, si no puedes satisfacer por la menor que tienes. El conocer esta verdad no es presunción sino prudencia, y el quererla ignorar no es humildad sino estulticia muy reprehensible; porque no puedes agradecer lo que ignoras, ni puedes amar tanto, si no te conoces obligada y estimulada de los beneficios que te obligan. Tus temores son de no perder la gracia y amistad del Señor, y con razón debes temer no la malogres, porque ha hecho contigo lo que bastaba para justificar muchas almas. Pero es muy diferente cosa temer con prudencia el no perderla o poner duda en ella para no darle crédito; y el enemigo con su astucia pretende equivocarte en esto y que en vez del temor santo introduzca en ti una pertinacia muy incrédula, cubriéndola con capa de buena intención y temor santo. Este ha de ser en guardar tu tesoro y procurar una pureza de ángel en imitarme con desvelo y en ejecutar toda la

doctrina que para esto te doy en esta Historia.

CAPITULO 14

El admirable modo con que María santísima celebraba los misterios de la Encarnación y Natividad del Verbo humanado y agradecía estos grandes beneficios.

642. Quien era tan fiel en lo poco como María santísima, no hay duda que en lo mucho sería fidelísima; y si en agradecer los beneficios menores fue tan diligente, oficiosa y solícita, cierto es que lo sería con toda plenitud en las mayores obras y beneficios que de la mano del Altísimo recibió ella y todo el linaje humano. Entre todos ellos el primer lugar tiene la obra de la Encarnación del Verbo Eterno en las entrañas de su beatísima y purísima Madre, porque ésta fue la más excelente obra y la mayor gracia de cuantas pudo extenderse el poder y sabiduría infinita con los hombres, juntando el ser divino con el ser humano en la persona del Verbo por la unión hipostática, que fue el principio de todos los dones y beneficios que hizo el Omnipotente a la naturaleza de los hombres y de los Ángeles. Con esta maravilla nunca imaginada se puso Dios en tal empeño que, a nuestro modo de entender, no saliera de él con tanta gloria, si no tuviera en la misma naturaleza humana algún fiador, en cuya santidad y agradecimiento se lograra tan raro beneficio con toda plenitud, conforme a lo que dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 58). Y esta verdad se hace más inteligible, suponiendo lo que nos enseña la fe, que la divina Sabiduría tuvo prevista en su eternidad la ingratitude de los réprobos y cuán mal usarían y se aprovecharían de tan admirable y singular favor como hacerse Dios hombre verdadero, Maestro, Redentor y ejemplar de todos los mortales.

643. Por esto la misma sabiduría infinita ordenó esta

maravilla, de manera que entre los hombres hubiera quien pudiera recompensar esta injuria y deshacer este agravio de los ingratos a tan alto beneficio y con digno agradecimiento mediase entre ellos y el mismo Dios, para aplacarle y satisfacerle en cuanto era posible de parte de la humana naturaleza. Esto hizo en primer lugar la humanidad santísima de nuestro Redentor y Maestro Jesús, que fue el medianero con el Eterno Padre, reconciliando con él a todo el linaje humano y satisfaciendo por sus culpas con superabundante exceso de merecimientos y paga de nuestra deuda. Pero como este Señor era Dios verdadero y Hombre verdadero, todavía parece que la naturaleza humana le quedaba deudora a él mismo, si entre las puras criaturas no tuviera alguna que le pagara esta deuda, todo cuanto de parte de ellas era posible con la divina gracia. Pero este retorno le dio su misma Madre y nuestra Reina, porque sola ella fue la secretaria del gran consejo y el archivo de sus misterios y sacramentos; sola ella los conoció, ponderó y agradeció tan dignamente cuanto a la naturaleza humana sin divinidad se le pudo pedir; sola ella recompensó y suplió nuestra ingratitud y la cortedad y grosería con que en su comparación lo hacían los hijos de Adán; sola ella supo y pudo desenojar y satisfacer a su mismo Hijo del agravio que recibió de todos los mortales, por no haberle recibido por su Redentor y Maestro ni por verdadero Dios humanado para la salvación de todos.

644. Este incomprensible sacramento tuvo la gran Reina tan presente en su memoria, que jamás le olvidó por solo un instante. Y también conocía siempre la ignorancia que tenían tantos hijos de Adán de este beneficio. Y para agradecerlo ella por sí y por todos, cada día muchas veces hacía genuflexiones, postraciones y otros actos de adoración, y repetía continuamente por diversos modos esta oración: Señor y Dios altísimo, en Vuestra real

presencia me postro y me presento en mi nombre y de todo el linaje humano; y por el admirable beneficio de Vuestra Encarnación os alabo, bendigo y magnifico, os confieso y adoro en el misterio de la unión hipostática de la divina y humana naturaleza en la divina persona del Verbo Eterno. Si los miserables hijos de Adán ignoran este beneficio y los que le conocen no le agradecen dignamente, acordaos, piadosísimo Señor y Padre nuestro que viven en carne flaca, llena de ignorancias y pasiones, y no pueden venir a Vos si no los trajere Vuestra clementísima dignación (Jn 6, 44). Perdonad, Dios mío, este defecto de tan frágil condición y naturaleza. Yo, esclava Vuestra y vil gusanillo de la tierra, por mí y por cada uno de los mortales os doy gracias por este beneficio con todos los cortesanos de Vuestra gloria. Y a Vos, Hijo y Señor mío, suplico de lo íntimo de mi alma toméis por Vuestra cuenta esta causa de Vuestros hermanos los hombres y alcancéis perdón para ellos de Vuestro Eterno Padre. Favoreced con Vuestra piedad inmensa a los míseros y concebidos en pecado, que ignoran su propio daño y no saben lo que hacen ni lo que deben hacer. Yo pido por Vuestro pueblo y por el mío; pues en cuanto sois hombre todos somos de Vuestra naturaleza, no la despreciéis; y en cuanto Dios dais valor infinito a Vuestras obras, sean ellas el retorno y agradecimiento digno de nuestra deuda, pues sólo Vos podéis pagar lo que todos recibimos y debemos al Eterno Padre, que para remedio de los pobres y rescate de los cautivos quiso enviaros de los cielos a la tierra. Dad vida a los muertos, enriqueced a los pobres, alumbrad a los ciegos; Vos sois nuestra salud, nuestro bien y todo nuestro remedio.

645. Esta oración y otras eran ordinarias en la gran Señora del mundo, pero sobre este continuo y cotidiano agradecimiento añadía otros nuevos ejercicios para celebrar el soberano misterio de la Encarnación, cuando

llegaban los días en que tomó carne humana el Verbo divino en sus purísimas entrañas; y en éstos era más favorecida del Señor que en otras fiestas de las que celebraba, porque ésta no era de solo un día, sino de nueve continuos, que precedieron inmediatamente al de veinte y cinco de marzo, en que se ejecutó este sacramento con la preparación que se dijo en el principio de la segunda parte (Cf. supra p. II n. 5). Allí declaré por nueve capítulos las maravillas que precedieron a la Encarnación, para disponer dignamente a la divina Madre que había de concebir el Verbo humanado en su alma y en su vientre virginal. Y aquí es necesario suponerlo y repetirlo brevemente, para manifestar el modo con que celebraba y renovaba el agradecimiento de este sumo milagro y beneficio.

646. Comenzaba esta solemnidad del día diez y seis de marzo por la tarde y en los nueve siguientes hasta el día veinte y cinco estaba encerrada sin comer y sin dormir; y sólo para la sagrada comunión la asistía el Evangelista, que se la administraba en estos nueve días. Renovaba el Omnipotente todos los favores y beneficios que hizo con María santísima en los otros nueve que precedieron a la Encarnación, aunque en éstos añadía otros nuevos de su Hijo y nuestro Redentor, porque ya Su Majestad, como había nacido de la beatísima y digna Madre, tomaba por su cuenta el asistirla, regalarla y favorecerla en esta fiesta. Los seis días primeros de aquella novena sucedía de esta manera: que después de algunas horas de la noche, en que la digna Madre continuaba sus acostumbrados ejercicios, descendía a su oratorio el Verbo humanado de los cielos con la majestad y gloria que está en ellos y con millares de Ángeles que le acompañaban, y con esta grandeza entraba en el oratorio y presencia de María santísima.

647. La prudentísima y religiosa Madre adoraba a su

Hijo y Dios verdadero con la humildad, veneración y culto, que sola sabía hacerlo dignamente su altísima sabiduría. Y luego por ministerio de los Santos Ángeles era levantada de la tierra y colocada a la diestra del mismo Señor en su trono, donde sentía una íntima e inefable unión con la misma humanidad y divinidad que la transformaba y llenaba de gloria y nuevas influencias que con ningunas palabras se pueden explicar. En aquel estado y en aquel puesto renovaba el Señor en ella las maravillas que obró los nueve días antes de la encarnación, correspondiendo el primero de éstos al primero de aquéllos, y el segundo al segundo y así en los demás. Y de nuevo añadía otros favores y efectos admirables, conforme al estado que tenía el mismo Señor y su beatísima Madre. Y aunque en ella se conservaba siempre la ciencia habitual de todas las cosas que hasta entonces había conocido, pero en esta ocasión con nueva inteligencia y luz divina era aplicado su entendimiento al uso y ejercicio de esta ciencia con mayor claridad y efectos.

648. El día primero de estos nueve se le manifestaban todas las obras que hizo Dios en el primero de la creación del mundo; el orden y modo con que fueron criadas todas las cosas que tocan a este día: el cielo, tierra y abismos, con su longitud, latitud y profundidad; la luz y las tinieblas y su separación, con todas las condiciones, calidades y propiedades de estas cosas materiales y visibles. Y de las invisibles conocía la creación de los Ángeles y todas sus especies y calidades, la duración en la gracia, la discordia entre los obedientes y apostatas, la caída de éstos y confirmación en gracia de los otros, y todo lo demás que misteriosamente encerró Santo Profeta Moisés en las obras del primer día (Gen 1, 1-5). Conocía asimismo los fines que tuvo el Omnipotente en la creación de estas cosas y de las demás, para comunicar su divinidad y manifestarla por

ellas, para que todos sus Ángeles y los hombres, como capaces, le conociesen y alabasen por ellas. Y porque el renovar esta ciencia no era ocioso en la prudentísima Madre, la decía su Hijo santísimo: Madre y paloma mía, de todas estas obras de mi poder infinito os di noticia para manifestaros mi grandeza antes de tomar carne en vuestro virginal tálamo y ahora la renuevo para daros de nuevo la posesión y el señorío de todas como a mi verdadera Madre, a quien los Ángeles, los cielos, la tierra, la luz y las tinieblas quiero que sirvan y obedezcan, y para que vos dignamente deis gracias y alabéis al Eterno Padre por el beneficio de la creación que los mortales no saben agradecer.

649. A esta voluntad del Señor y deuda de los hombres respondía y satisfacía nuestra gran Reina con plenitud, agradeciendo por sí y por todas las criaturas estos incomparables beneficios; y en estos ejercicios y otros misteriosos pasaba el día hasta que su Hijo santísimo volvía a los cielos. El segundo día con el mismo orden descendía Su Majestad a la media noche y en la divina Madre renovaba el conocimiento de todas las obras del segundo de la creación (Gen 1, 6-8); cómo fue formado en medio de las aguas el firmamento, dividiendo las unas de las otras, el número y disposición de los cielos y toda su compostura y armonía, calidades y naturaleza, grandeza y hermosura; y todo esto conocía con infalible verdad, como sucedió y sin opiniones, aunque también conocía las que sobre ello tienen los doctores y escritores. El día tercero se le manifestaba de nuevo lo que de él refiere la escritura (Gen 1, 9-13), que el Señor congregó las aguas que estaban sobre la tierra y tormo el mar, descubriendo la tierra, para que diese frutos, como los hizo luego al imperio de su Criador, produciendo plantas, yerbas, árboles y otras cosas que la hermosean y adornan; y conoció la naturaleza, calidades y propiedades de todas estas plantas y el modo con que podían ser útiles o

nocivas para el servicio de los hombres. El cuarto día (Gen 1, 14-19) conoció en particular la formación del sol, luna y estrellas de los cielos, su materia, forma, calidades, influencias, y todos los movimientos con que obran y distinguen los tiempos, los años y los días. El día quinto (Gen 1, 20-23) se le manifestaba la creación o generación de las aves del cielo, de los peces del mar, que fueron todos formados de las aguas, y el modo con que sucedieron estas producciones en su principio y el que después tenían para su conservación y propagación, y todas las especies, condiciones y calidades de los animales de la tierra y peces del mar. El día sexto (Gen 1, 24-31) se le daba nueva luz y conocimiento de la creación del hombre, como fin de todas las otras criaturas materiales; y a más de entender su compostura y armonía, en que las encierra todas por modo maravilloso, conocía el misterio de la Encarnación a que se ordenaba esta formación del hombre, y todos los demás secretos de la sabiduría divina que en esta obra y en las de toda la creación estaban encerrados, testificando su infinita grandeza y majestad.

650. En cada uno de estos días hacía la gran Reina su cántico particular en alabanza del Criador, por las obras que correspondían a la creación de aquel día, y por los misterios que en ellas conocía. Luego hacía grandes peticiones por todos los hombres, en particular por los fieles, para que fuesen reconciliados con Dios y se les diese luz de la divinidad y de sus obras para que en ellas y por ellas le conociesen, amasen y alabasen. Y como alcanzaba a conocer la ignorancia de tantos infieles que no llegarían a este conocimiento ni a la fe verdadera que se les podía comunicar y que muchos fieles, aunque confesasen estas obras del Altísimo, serían tardos y negligentes en el agradecimiento que deben, por estos defectos de los hijos de Adán hacía María santísima obras heroicas y admirables para recompensarlos. Y en

esta correspondencia la favorecía y levantaba su Hijo santísimo a nuevos dones y participación de su divinidad y atributos, acumulando en ella lo que desmerecían los mortales por su ingratisimo olvido. Y en cada una de las obras de aquel día le daba nuevo dominio y señorío, para que todas la reconocieran y sirvieran como a Madre de su Criador, que la constituía por suprema Reina de todo lo que Él había criado en cielo y tierra.

651. En el día séptimo se renovaban y adelantaban estos divinos favores, porque no descendía del cielo estos tres días su Hijo santísimo, mas la divina Madre era levantada y llevada a él, como sucedió en los días que correspondían a éstos antes de la Encarnación. Para esto de la media noche, por mandado del mismo Señor, la llevaban los Ángeles al cielo empíreo, donde en adorando al ser de Dios la adornaban los supremos serafines con una vestidura más pura y candida que la nieve y refulgente que el sol. Ceñíanla con una cinta de piedras tan ricas y hermosas, que no hay en la naturaleza a quien compararlas, porque cada una excedía en resplandor al globo del mismo sol y a muchos si estuvieran juntos. Luego la adornaban con manillas y collar y otros adornos, proporcionados a la persona que los recibía y a quien los daba, porque todas estas joyas las bajaban los serafines con admirable reverencia, del mismo trono de la Beatísima Trinidad, cuya participación señalaba y manifestaba cada uno con diferente modo. Y no sólo estos adornos significaban la nueva participación y comunicación de las divinas perfecciones que se le daban a su Reina, pero los mismos serafines que la adornaban —y eran seis— representaban también el misterio de su ministerio;

652. A estos serafines sucedían otros seis que daban otro nuevo adorno a la Reina, como retocándola todas sus potencias y dándoles una facilidad, hermosura y gracia

que no se pueden manifestar con palabras. Y sobre todo este ornato llegaban otros seis serafines y por su ministerio le daban las calidades y lumen [de la gloria = gloriae] con que era elevado su entendimiento y voluntad para la visión y fruición beatífica. Y estando la gran Reina tan adornada y llena de hermosura, todos aquellos serafines —que eran diez y ocho— la levantaban al trono de la Beatísima Trinidad y la colocaban a la diestra de su Unigénito nuestro Salvador. Allí la preguntaban qué pedía, qué quería y qué deseaba, y la verdadera Ester respondía: Pido, Señor, misericordia para mi pueblo (Est 7, 3); y en su nombre y mío, deseo y quiero agradecer el favor que le hizo Vuestra misericordiosa omnipotencia dando forma humana al Eterno Verbo en mis entrañas para redimirle.—A estas razones y peticiones añadía otras de incomparable caridad y sabiduría, rogando por todo el linaje humano y en especial por la Santa Iglesia.

653. Luego su Hijo santísimo hablaba con el Eterno Padre y decía: Yo te confieso y alabo, Padre mío, y te ofrezco esta criatura hija de Adán, agradable en tu aceptación, como elegida entre las demás criaturas para Madre mía y testimonio de nuestros infinitos atributos. Ella sola con dignidad y plenitud sabe estimar y conocer con agradecido corazón el favor que hice a los hombres vistiéndome de su naturaleza para enseñarles el camino de la salvación eterna y redimirlos de la muerte. A ella escogimos para aplacar nuestra indignación contra la integridad y mala correspondencia de los mortales. Ella nos da el retorno que los demás o no pueden o no quieren, pero no podemos despreciar los ruegos de nuestra Amada, que por ellos nos ofrece con la plenitud de su santidad y agrado nuestro.

654. Repetíanse todas estas maravillas por los tres días últimos de esta novena, y en el postrero, que era el veinte y cinco de marzo, a la hora de la Encarnación se le

manifestaba la divinidad intuitivamente con mayor gloria que la de todos los bienaventurados. Y aunque en todos estos días recibían los Santos nuevo gozo accidental, pero este último era más festivo y de extraordinaria alegría para toda aquella Jerusalén triunfante. Mas los favores que la beatísima Madre recibía en estos días exceden sin medida a todo humano pensamiento, porque todos los privilegios, gracias y dones se los ratificaba y aumentaba el Omnipotente por un modo inefable. Y como era viadora para merecer y conocía todos los estados de la Santa Iglesia en el siglo presente y en los futuros, pidió y mereció para todos tiempos grandes beneficios o, por decirlo mejor, todos cuantos el poder divino ha obrado y obrará hasta el fin del mundo con los hombres.

655. En todas las festividades que celebraba la gran Señora alcanzaba la reducción de innumerables almas que entonces y después han venido a la fe católica. Y este día de la Encarnación era mayor esta indulgencia, porque mereció para muchos reinos, provincias y naciones los beneficios y favores que han recibido con haberlos llamado a la Santa Iglesia. Y en los que más ha perseverado la fe católica son más deudores a las peticiones y méritos de la divina Madre. Pero singularmente se me ha dado a entender que, en los días que celebraba el misterio de la Encarnación, sacaba a todas las ánimas que estaban en el purgatorio; y desde el cielo, donde se le concedía este favor como Reina de todo lo criado y Madre del Reparador del mundo, enviaba ángeles que las llevasen a él y ofrecía al Eterno Padre como fruto de la Encarnación, con que envió al mundo a su unigénito Hijo para granjearle las almas que su enemigo había tiranizado, y por todas estas almas hacía nuevos cánticos de alabanza. Y con este júbilo de dejar aumentada aquella corte del cielo volvía a la tierra, donde de nuevo hacía gracias por estos beneficios con la humildad acostumbrada. Y no se haga increíble

esta maravilla, pues el día que María santísima fue levantada a la dignidad inmensa de Madre del mismo Dios y Señora de todo lo criado, no es mucho que franquease los tesoros de su divinidad con los hijos de Adán, sus hermanos y sus mismos hijos, cuando a ella se le franquearon, recibéndola en sus entrañas unida hipostáticamente con su misma sustancia; y sola su sabiduría alcanzaba a ponderar este beneficio propio para ella y común para todos.

656. La solemnidad del nacimiento de su Hijo celebraba con otro modo y favores. Comenzaba la víspera con los ejercicios, cánticos y disposiciones que en las demás fiestas, y a la hora del nacimiento descendía del cielo su Hijo santísimo con millares de Ángeles y gloriosa majestad, cual otras veces venía. Acompañábanle también los Patriarcas San Joaquín y Santa Ana, San José y Santa Isabel, madre del Bautista, y otros Santos. Luego los Ángeles por mandado del Señor la levantaban del suelo y la colocaban a su divina diestra, y cantaban con celestial armonía el cántico de la Gloria, que cantaron el día del Nacimiento (Lc 2, 14), y otros que la misma Señora había hecho en reconocimiento de este misterio y beneficio y en loores de la divinidad y de sus infinitas perfecciones. Y después de haber estado en estas alabanzas grande rato, pedía la divina Madre licencia a su Hijo Jesús y descendía del trono y se postrada en su presencia de nuevo. Y en aquella postura le adoraba en nombre de todo el linaje humano y le daba gracias porque había nacido al mundo para su remedio. Y sobre este agradecimiento hacía una fervorosa petición por todos, y singularmente por los hijos de la Iglesia, representando la fragilidad de la condición humana, y la necesidad que tenía de la gracia y auxilio de la divina diestra para levantarse y venir al conocimiento del Señor y merecer la vida eterna. Alegaba para esto la misericordia de haber nacido el mismo Señor de su

virginal tálamo, para remedio de los hijos de Adán, y la pobreza en que nació, los trabajos y penalidades que admitió, el haberle alimentado ella a sus pechos y criado como Madre, y todos los misterios que en estas obras se sucedieron. Esta oración aceptaba su Hijo y nuestro Salvador, y en presencia de todos los Ángeles y Santos que le asistían se daba por obligado de la caridad y razones con que su felicísima Madre pedía por su pueblo, y de nuevo la concedía que como Señora y Dispensadora de todos sus tesoros de la gracia los aplicase y distribuyese entre los hombres a su voluntad. Esto hacía la prudentísima Reina con admirable sabiduría y fruto de la Iglesia. Y para fin de esta solemnidad pedía a los Santos alabasen al Señor en el misterio de su nacimiento en nombre suyo y de los demás mortales. Y a su Hijo pedía la bendición, y dándosela se volvía Su Majestad a los cielos.

Doctrina que me dio la gran Señora de los Ángeles María santísima.

657. Hija y discípula mía, la admiración con que escribes los secretos que de mi vida y santidad te manifiesto, quiero que la conviertas toda en alabar por ellos al Omnipotente que fue conmigo tan liberal y en levantarte sobre ti con la confianza que debes pedir mi poderosa intercesión y protección. Pero si te admiras de que mi Hijo santísimo añadiese en mí gracias sobre gracias y dones sobre dones y tan frecuentemente me visitase o me llevase a su presencia a los cielos, acuérdate de lo que dejaste escrito (Cf. supra p. II n. 1522; p. III n. 2), que yo carecía de la visión beatífica para gobernar [como Medianera de todas las gracias divinas y con consejos] la Iglesia. Y cuando esta caridad no mereciera con el Altísimo, la recompensa que por ella me dio, viviendo en carne mortal, por los títulos de ser yo su Madre y él mi Hijo hiciera conmigo tales obras y maravillas, cuales ni

caben en pensamiento criado ni convenían a otra criatura. La dignidad de Madre de Dios excede tanto a toda la esfera de las demás, que fuera torpe ignorancia negarme a mí los favores que no se hallan en los otros santos. Y el tomar carne humana de mi sustancia el Verbo eterno, fue un empeño de tanto peso para el mismo Dios que, a tu modo de entender, no saliera de él, si consiguientemente no hiciera conmigo todo lo que su omnipotencia alcanza y yo era capaz de recibir. Este poder de Dios es infinito y no se puede agotar, siempre queda infinito; y lo que comunica fuera de sí mismo, siempre es finito y tiene término. Yo también soy pura criatura finita, y en comparación del ser de Dios todo lo criado es nada.

658. Pero junto con esto, de mi parte no puse impedimento, antes merecía que la Omnipotencia obrase en mí sin límite y sin medida todos los dones, gracias y favores a que debidamente se podía extender. Y como todos éstos siempre eran finitos, por grandes y admirables que fuesen, y el poder y ser de Dios era infinito y sin término, de aquí se entiende que pudo acumular en mí gracias sobre gracias y beneficios sobre beneficios. Y no sólo pudo hacerlo, pero convenía que así lo hiciese, para obrar con toda perfección esta obra y maravilla de hacerme digna Madre suya, pues ninguna de sus obras queda en su género imperfecta ni con alguna mengua. Y porque en esta dignidad de hacerme Madre suya se contienen todas mis gracias como en su origen y principio a donde corresponden, por esto el día que me conocieron los hombres por Madre de Dios conocieron implícitamente y como en su causa las condiciones que para tal excelencia me pertenecen; dejando a la devoción, piedad y cortesía de los fieles que para obligar a mi Hijo santísimo y merecer mi protección fuesen discurriendo dignamente de mi santidad y dones y los coligiesen y confesasen conforme a su devoción y mi

dignidad. Y para esto a muchos santos y a los autores y escritores se les ha dado particular ciencia y luz y otras revelaciones que han tenido de algunos favores y de muchos privilegios que me concedió el Altísimo.

659. Y como en esto muchos de los mortales han sido unos con buen celo tímidos, otros con indevoción más tardos de lo que debían, ha querido mi Hijo santísimo, en dignación paternal y en el tiempo más oportuno para su Santa Iglesia, manifestarles estos ocultos sacramentos, sin fiarlo del humano discurso ni de la ciencia a que se extiende, sino de su misma y divina luz y verdad, para que los mortales reciban alegría y esperanza, sabiendo lo que yo los puedo favorecer y dando al Omnipotente la gloria y alabanza que deben en mí y en las obras de la Redención humana.

660. En esta obligación quiero, hija mía, que tú te juzgues la primera y más deudora que todos los demás, pues yo te elegí por mi especial hija y discípula, para que escribiendo mi Vida se levantase tu corazón con más ardiente amor y deseos de seguirme por la imitación que te convido y llamo. Y la doctrina de este capítulo es, que me sigas en el agradecimiento inefable que yo tuve del beneficio y misterio de la Encarnación del Verbo Eterno en mis entrañas. Escribe en tu corazón esta maravilla del Omnipotente, para que jamás la olvides, y señálate más en esta memoria los días que corresponden a los misterios que de mí has escrito. En ellos y en mi nombre quiero que celebres en la tierra esta festividad con singular disposición y júbilo de tu alma, agradeciendo por todos los mortales el haber Encarnado Dios en mí para su remedio, y también le alabes por la dignidad a que me levantó con hacerme Madre suya. Y advierte que los Ángeles y Santos en el cielo, después del conocimiento que tienen del ser de Dios infinito, ninguna otra cosa les causa mayor admiración que verle unido a

la humana naturaleza; y aunque más y más conocen de este misterio, les queda siempre más que conocer por todos los siglos de los siglos.

661. Y para que tú celebres y renueves en ti estos beneficios de la Encarnación y Nacimiento de mi Hijo santísimo, quiero que procures alcanzar una humildad y pureza de ángel; que con estas virtudes será grato al Señor el agradecimiento que le debes y con este retorno pagarás algo de la deuda que tienes por haberse hecho Dios de tu naturaleza. Considera y pondera cuánto pesan las culpas de los hombres, después que tienen a Cristo por su hermano y degeneran de esta excelencia y obligación. Considérate como retrato o imagen de Dios hombre, y que lo menosprecias y le borras con cualquiera culpa que haces. Esta nueva dignidad a que fue levantada la humana naturaleza tienen muy olvidada los hijos de Adán y no se quieren desnudar de sus antiguas costumbres y miserias para vestirse de Cristo. Pero tú, hija mía, olvídate de la casa de tu antiguo padre y de tu pueblo, y procura renovarte con la hermosura de tu Reparador, para que seas agradable en los ojos del supremo Rey.

CAPITULO 15

De otras festividades que celebraba María santísima de la circuncisión, adoración de los Reyes, su purificación, el bautismo, el ayuno, la institución del santísimo sacramento, pasión y resurrección.

662. En renovar la memoria de los misterios, vida y muerte de Cristo nuestro Salvador no sólo pretendía nuestra gran Reina darle el debido agradecimiento por sí misma y por todo el linaje humano y enseñar a la Iglesia esta ciencia divina como Maestra de toda santidad y sabiduría, pero sobre cumplir esta deuda pretendía

obligar al Señor, inclinando su bondad infinita a la misericordia y clemencia de que conocía necesitaba la fragilidad y miseria humana de los hombres. Conocía la prudentísima Madre que a su Hijo santísimo y al Eterno Padre desobligaban mucho los pecados de los mortales y que en el tribunal de su misericordia no tenían qué alegar en su favor más que la caridad infinita con que los ama y reconcilió consigo cuando eran pecadores y enemigos (Rom 5,8). Y como esta reconciliación la hizo Cristo nuestro Reparador con sus obras, vida, muerte y misterios, por esta razón los días que sucedieron todos estos beneficios juzgaba la divina Señora convenientes para multiplicar sus ruegos y para inclinar al Omnipotente pidiéndole que amase a los hombres por haberlos amado, que los llamase a su fe y amistad por habérsela merecido y que con efecto los justificase por haberles granjeado la justificación y vida eterna.

663. Nunca llegarán los hombres ni los ángeles a ponderar dignamente la deuda que tiene el mundo a la maternal piedad de esta Señora y gran Reina. Y los muchos favores que recibió de la diestra del Omnipotente, con tantas veces como se le manifestó la visión beatífica en carne mortal, no fueron beneficios para sola ella, sino también para nosotros; porque en estas ocasiones llegaron su divina ciencia y caridad a lo sumo que pudo caber en pura criatura, y a este paso deseaba la gloria del Altísimo en la salvación de las criaturas racionales. Y como juntamente quedaba en estado de viadora para merecer y granjearla, excede a toda capacidad el incendio de amor que en su purísimo corazón ardían, para que ninguno se condenase de los que podían llegar a gozar de Dios. De aquí le resultó un prolongado martirio que padeció en su vida, y la consumiera cada hora y cada instante si el poder de Dios no la guardara o la detuviera. Esto fue, el pensar que se condenarían tantas almas y quedarían privadas

eternamente de ver a Dios y gozarle y, a más de esto, padecerían los tormentos eternos del infierno sin esperanza del remedio que despreciaron.

664. Esta infelicidad tan lamentable sentía la dulcísima Madre con dolor inmenso, porque la conocía, pesaba y ponderaba con igual sabiduría. Y como a ésta correspondía su ardentísima caridad, no tuviera consuelo en estas penas, si se dejaran a la fuerza de su amor y a la consideración de lo que hizo nuestro Salvador y lo que padeció para rescatar a los hombres de la perdición eterna. Pero el Señor prevenía en su fidelísima Madre los efectos de este mortal dolor, y algunas veces la conservaba la vida milagrosamente, otras la divertía de él con diferentes inteligencias y otras veces se las daba de los secretos ocultos de la predestinación eterna, para que conociendo las razones y equidad de la Justicia divina sosegase su corazón. Todos estos arbitrios y otros diferentes tomaba Cristo nuestro Salvador, para que su Madre santísima no muriese a vista de los pecados y condenación eterna de los réprobos. Y si esta infeliz y desdichada suerte, prevenida por la divina Señora, pudo afligir tanto su candidísimo corazón, y en su Hijo y Dios verdadero hizo tales efectos que para remediar la perdición de los hombres se ofreció a la pasión y muerte de Cruz, ¿con qué palabras se puede ponderar la ciega estulticia de los mismos hombres, que con tal ímpetu y tan sensibles corazones se entregan a tan irreparable y nunca bien encarecida ruina de sí mismos?

655. Pero con lo que nuestro Salvador y Maestro Jesús aliviaba mucho este dolor de su amantísima Madre, era con oír sus ruegos y peticiones por los mortales, con darse por obligado de su amor, con ofrecerle sus tesoros y merecimientos infinitos y con hacerla su limosnera mayor y dejar en su piadosa voluntad la distribución de

las riquezas de su misericordia y gracias, para que las aplicase a las almas que con su ciencia conocía ser más conveniente. Estas promesas del Señor con su beatísima Madre eran tan ordinarias, como también eran los cuidados y oraciones que de parte de la piadosa Reina las solicitaba, y todo crecía más en las festividades que celebraba de los misterios de su Hijo santísimo. En el de la circuncisión, cuando llegaba el día en que sucedió, comenzaba los ejercicios acostumbrados a la hora que en las otras fiestas, y en ésta descendía también el Verbo humanado a su oratorio con la majestad y acompañamiento que otras veces (Cf. supra n. 615, 640) de Ángeles y Santos. Y como este misterio fue en el que nuestro Redentor comenzó a derramar sangre por los hombres y se humilló a la ley de los pecadores como si fuera uno de ellos, eran inefables los actos que su purísima Madre hacía en la conmemoración de tal dignación y clemencia de su Hijo santísimo.

666. Humillábase la gran Madre hasta el profundo de esta virtud, dolíase tiernamente de lo que padeció el niño Dios en aquella tierna edad, agradecíale este beneficio por todos los hijos de Adán; lloraba el común olvido y la ingratitud en no estimar aquella sangre derramada tan temprano para rescate de todos. Y como si de no pagar este beneficio se hallara corrida en presencia de su mismo Hijo, se ofrecía a morir y derramar ella su misma sangre y vida en retorno de esta deuda y a imitación de su ejemplar Maestro. Y sobre estos deseos y peticiones tenía dulcísimos coloquios con el mismo Señor en todo aquel día. Pero aunque Su Majestad aceptaba este sacrificio, como no era conveniente reducir a ejecución los inflamados deseos de la amantísima Madre, añadía otras nuevas invenciones de caridad con los mortales. Pidió a su Hijo santísimo que de los regalos, caricias y favores que recibía de su poderosa diestra, repartiese con todos sus hijos los hombres, y que en el padecer por

su amor y con este instrumento fuese ella singular, pero en el recibir el retorno entrasen todos a la parte y todos gustaran de la suavidad y dulzura de su divino Espíritu, para que obligados y atraídos con ella vinieran todos al camino de la vida eterna y ninguno se perdiera con la muerte, después que el mismo Señor se hizo hombre y padeció para traer todas las cosas a sí mismo (Jn 12, 32). Ofrecía luego al Eterno Padre la sangre que su Hijo Jesús derramó en la circuncisión y la humildad de haberse circuncidado siendo impecable, adorábale como a Dios y hombre verdadero, y con éstas y otras obras de incomparable perfección la bendecía su Hijo santísimo y se volvía a los cielos a la diestra de su Eterno Padre.

667. Para la adoración de los Reyes se prevenía algunos días ante que llegase la fiesta, como juntando algunos dones que ofrecerle al Verbo humanado. La principal ofrenda, que la prudentísima Señora llamaba oro, eran las almas que reducía al estado de la gracia; y para esto se valía mucho antes del ministerio de los Ángeles y les daba orden que la ayudasen a prevenir este don, solicitándole muchas almas con inspiraciones grandes y más particulares para que se convirtiesen al verdadero Dios y le conociesen. Y todo se ejecutaba por ministerio de los Ángeles, y mucho más por las oraciones y peticiones que ella hacía, con que sacaba muchas del pecado, otras reducía a la fe y bautismo y otras a la hora de la muerte sacaba de las uñas del Dragón infernal. A este don añadía el de la mirra, que eran las prostraciones de cruz, humillaciones y otros ejercicios penales que hacía para prevenirse y llevar qué ofrecer a su mismo Hijo. La tercera ofrenda, que llamaba incienso, eran los incendios y vuelos del amor, las palabras y oraciones jaculatorias y otros afectos dulcísimos y llenos de sabiduría.

668. Para recibir esta ofrenda, llegado el día y la hora

de la fiesta, descendía del cielo su Hijo santísimo con innumerables Ángeles y Santos, y en presencia de todos y convidando a los cortesanos del cielo a que la ayudasen, la ofrecía con admirable culto, adoración y amor; y por todos los mortales hacía con este ofrecimiento una ferviente oración. Luego era levantada al trono de su Hijo y Dios verdadero y participaba la gloria de su humanidad santísima por un modo inefable, quedando divinamente unida con ella y como transfigurada con sus resplandores y claridad, y algunas veces, para que descansara de sus ardentísimos afectos, la reclinaba el mismo Señor en sus brazos. Y estos favores eran de condición que no hay términos para explicarlos, porque el Omnipotente sacaba cada día de sus tesoros beneficios antiguos y nuevos (Mt 13, 52).

669. Después de haber recibido estos beneficios y favores, descendía del trono y pedía misericordia para los hombres, y concluía estas peticiones con un cántico de alabanza para todos y pedía a los Santos la acompañasen en todo esto. Y sucedía este día una cosa maravillosa, que para dar fin a esta solemnidad pedía a todos los Patriarcas y Santos que en ella asistían, rogasen al Todopoderoso la asistiese y gobernase en todas sus obras. Y para esto iba de uno en uno continuando esta petición y humillándose ante ellos como quien llegara a besarles la mano. Y para que la Maestra de la humildad ejercitara esta virtud con sus progenitores, Patriarcas y Profetas, que eran de su misma naturaleza, daba lugar su Hijo santísimo con incomparable agrado. Pero no hacía esta humillación con los ángeles, porque éstos eran sus ministros y no tenían con la gran Señora el parentesco de la naturaleza que tenían los Santos Padres, y así la asistían y acompañaban los espíritus divinos por otro modo de obsequio que con ella mostraban en aquel ejercicio.

670. Luego celebraba el bautismo de Cristo nuestro Salvador, con grandioso agradecimiento de este Sacramento y que el mismo Señor le hubiese recibido para darle principio en la Ley de Gracia. Y después de las peticiones que hacía por la Iglesia, se recogía por los cuarenta días continuos para celebrar el ayuno de nuestro Salvador, repitiéndole como Su Majestad y ella a su imitación lo hicieron, de que hablé en la segunda parte en su lugar (Cf. supra p. II n. 988, 990ss.). En estos cuarenta días no dormía, ni comía, ni salía de su retiro, si no ocurría alguna grande necesidad que pidiese su presencia, y sólo comunicaba con el Evangelista San Juan para recibir de su mano la sagrada comunión y despachar los negocios en que era fuerza darle parte para el gobierno [como Medianera de todas las gracias divinas y con consejos] de la Iglesia. En aquellos días asistía más el amado discípulo, ausentándose pocas veces de la casa del Cenáculo; y aunque venían muchos necesitados y enfermos, los remediaba y curaba, aplicándoles alguna prenda de la poderosa Reina. Venían muchos endemoniados y algunos antes de llegar quedaban libres, porque no se atrevían los demonios a esperar, acercándose a donde estaba María santísima. Otros, en tocando al enfermo con el manto o velo, o con otra cosa de la Reina, se arrojaban al profundo. Y si algunos estaban rebeldes, la llamaba el Evangelista, y al punto que llegaba a la presencia de los pacientes salían los demonios sin otro imperio.

671. De las obras y maravillas que le sucedían en aquellos cuarenta días era necesario escribir muchos libros, si todas se hubieran de referir, porque si no dormía, ni comía, ni descansaba, ¿quién podrá contar lo que su actividad y solicitud tan officiosa obraba en tanto tiempo? Basta saber que todo lo aplicaba y ofrecía por los aumentos de la Iglesia, justificación de las almas y conversión del mundo, y en socorrer a los Apóstoles y

discípulos que por todo él andaban predicando. Pero cumplida esta cuaresma la regalaba su Hijo santísimo con un convite semejante al que los Ángeles hicieron al mismo Señor cuando cumplió la de su ayuno, como queda dicho en su lugar (Cf. supra p. II n. 1000). Sólo tenía éste de mayor regalo, que se hallaba presente el mismo Dios glorioso y lleno de majestad con muchos millares de Ángeles, unos que administraban, otros que cantaban con celestial y divina armonía, pero el mismo Señor la daba de su mano lo que comía la amantísima Madre. Era este día muy dulce para ella, más por la presencia de su Hijo y por sus caricias que por la suavidad de aquellos manjares y néctares soberanos. Y en hacimiento de gracias por todo se postraba en tierra y pedía la bendición, adorando al Señor, y Su Majestad se la daba y volvía a los cielos. Pero en todos estos aparecimientos de Cristo nuestro Señor hacía la religiosa Madre grandes y heroicos actos de humildad, sumisión y veneración, besando los pies de su Hijo, reconociéndose por no digna de aquellos favores y pidiendo nueva gracia para servirle mejor con su protección desde entonces.

672. Sería posible que alguno con humana prudencia juzgase que son muchos los aparecimientos del Señor que aquí escribo, en tan frecuentes y repetidas ocasiones como he dicho que los hacía. Pero quien esto pensare está obligado a medir la santidad de la Señora de las virtudes y de la gracia y el amor recíproco de tal Madre y de tal Hijo, y decirnos cuánto sobran estos favores de la regla con que mide esta causa, que la fe y la razón tienen por inmensurable con el humano juicio. A mí bástame, para no hallar duda en lo que digo, la luz con que lo conozco y saber que cada día, cada hora y cada instante baja del cielo Cristo nuestro Salvador consagrado a las manos del Sacerdote que validamente le consagra en cualquiera parte del mundo. Y digo que

baja, no con movimiento corporal, sino por la conversión del pan y del vino en su sagrado cuerpo y sangre. Y aunque esto sea por diferente modo, que yo no declaro ni disputo ahora, pero la verdad católica me enseña que el mismo Cristo por inefable modo se hace presente y está en la Hostia consagrada. Esta maravilla obra el Señor tan repetidas veces por los hombres y para su remedio, aunque son tantos los indignos y también lo son algunos de los que le consagran. Y si alguno le puede obligar para continuar este beneficio, sola fue María santísima por quien lo hiciera y principalmente lo ordenó, como en otra parte he declarado (Cf. supra n. 19). Pues no parezca mucho que a ella sola visitase tantas veces, si ella sola pudo y supo merecerlo para sí y para nosotros.

673. Después del ayuno celebraba la gran Señora la fiesta de su purificación y presentación del niño Dios en el templo. Y para ofrecer esta hostia y aceptarla el mismo Señor, se le aparecía en su oratorio la Beatísima Trinidad con los cortesanos de su gloria. Y en ofreciendo al Verbo humanado, la vestían y adornaban los Ángeles con las mismas galas y joyas ricas que dije en la fiesta de la encarnación (Cf. supra n. 652). Y luego hacía una larga oración, en que pedía por todo el linaje humano y en especial por la Iglesia. El premio de esta oración y de la humildad con que se sujetó a la ley de la purificación y de los ejercicios que hacía, eran para ella nuevos aumentos de gracias y nuevos dones y favores, y para los demás alcanzaba grandes auxilios y beneficios.

674. La memoria de la pasión de su Hijo santísimo, la institución del Santísimo Sacramento y Resurrección, no sólo la celebraba cada semana como arriba dejo escrito (Cf. supra n. 577ss.), sino cuando llegaba el día en que sucedió cada año hacía otra particular memoria, como ahora la hace la Iglesia en la Semana Santa. Y sobre los ejercicios ordinarios de cada semana añadía otros

muchos, y a la hora que Cristo Jesús fue crucificado se ponía en la Cruz y en ella estaba tres horas. Renovaba todas las peticiones que hizo el mismo Señor, con todos los dolores y misterios que en aquel día sucedieron. Pero el domingo siguiente, que correspondía a la Resurrección, para celebrar esta solemnidad era levantada por los Ángeles al cielo empíreo, donde aquel día gozaba de la visión beatífica, que en los otros domingos de entre año era abstractiva.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles y nuestra.

675. Hija mía, el Espíritu divino, cuya sabiduría y prudencia gobiernan a la Santa Iglesia, ha ordenado por mi intercesión, que en ella se celebrasen tantos días de fiestas diferentes, no sólo para que se renovase la memoria de los misterios divinos y de las obras de la Redención humana, de mi vida santísima y de los otros Santos, y los hombres fuesen agradecidos a su Criador y Redentor y no olvidasen los beneficios que jamás podrán dignamente agradecer; sino que también se ordenaron estas solemnidades para que en aquellos días vacasen a los ejercicios santos y se recogiesen interiormente de lo que los otros días se derraman en la solicitud de las cosas temporales, y con el ejercicio de las virtudes y buen uso de los Sacramentos recompensasen lo que divertidos han perdido, imitasen las virtudes y vidas de los Santos, sollicitasen mi intercesión y mereciesen la remisión de sus pecados y la gracia y beneficios que por estos medios les tiene prevenidos la divina misericordia.

676. Este es el espíritu de la Iglesia, con que desea gobernar y alimentar a sus hijos como piadosa Madre, y yo, que lo soy de todos, pretendí obligarlos y atraerlos por este camino a la seguridad de su salvación. Pero el consejo de la serpiente infernal ha procurado siempre, y

más en los infelices siglos que vives, impedir estos santos fines del Señor y míos, y cuando no puede pervertir el orden de la Iglesia hace que por lo menos no se logre en la mayor parte de los fieles y que para muchos se convierta este beneficio en mayor cargo para su condenación. Y el mismo demonio se les opondrá en el tribunal de la divina Justicia, porque no sólo en los días más santos y festivos no siguieron el espíritu de la Santa Iglesia empleándolos en obras de virtud y culto del Señor, sino que en tales días cometieron más graves culpas, como de ordinario sucede a los hombres carnales y mundanos. Grande es, por cierto, y muy reprehensible el olvido y desprecio que comúnmente hacen de esta verdad los hijos de la Iglesia, profanando los días santos y sagrados, en que ordinariamente se ocupan en juegos, deleites, excesos, en comer y beber con mayor desorden; y cuando debían aplacar al Omnipotente entonces irritan más su justicia, y en lugar de vencer a sus enemigos invisibles, quedan vencidos por ellos, dándoles este triunfo a su altiva soberbia y malicia.

677. Lloro tú, hija mía, este daño, pues yo no puedo hacerlo ahora como lo hice y lo hiciera en la vida mortal, procura recompensarle cuanto por la divina gracia te fuere concedido y trabaja en ayudar a tus hermanos en este descuido tan general. Y aunque la vida de los eclesiásticos se debía diferenciar de la de los seculares en no hacer distinción de los días, para ocuparse todos en el culto divino y en oración y santos ejercicios, y así quiero que lo enseñes a tus súbditas, pero singularmente quiero que tú con ellas te señales en celebrar las fiestas, y más las del Señor y mías, con mayor preparación y pureza de la conciencia. Todos los días y las noches quiero que las llenes de obras santas y agradables a tu Señor, pero en los días festivos añadirás nuevos ejercicios interiores y exteriores. Fervoriza tu corazón, recógete toda el interior, y si te pareciere que haces mucho,

trabaja más para hacer cierta tu vocación y elección (2 Pe 1, 10), y jamás dejes ejercicio alguno por negligencia. Considera que los días son malos y la vida desaparece como la sombra, y vive muy solícita para no hallarte vacía de merecimientos y obras santas y perfectas. Dale a cada hora su legítima ocupación, como entiendes que yo lo hacía y como muchas veces te lo he amonestado y enseñado.

678. Para todo esto te advierto que vivas muy atenta a las inspiraciones santas del Señor, y sobre los demás beneficios no desprecies el que en esto recibes. Y sea de manera este cuidado, que ninguna obra de virtud o mayor perfección que llegare a tu pensamiento dejes de ejecutarla en el modo que te fuere posible. Y te aseguro, carísima, que por este desprecio y olvido pierden los mortales inmensos tesoros de la gracia y de la gloria. Todo cuanto yo conocí y vi que mi Hijo santísimo hacía cuando vivía con Él lo imitaba, y todo lo más santo que me inspiraba el Espíritu divino lo ejecutaba, como tú lo has entendido. Y en esta codiciosa solicitud vivía como con la natural respiración y con estos afectos obligaba a mi Hijo santísimo a los favores y visitas que tantas veces me hizo en la vida mortal.

679. Quiero también que, para imitarme tú y tus religiosas en los retiros y soledad que yo tenía, asientes en tu convento el modo con que se han de guardar los ejercicios que acostumbráis, estando retiradas las que los hacen por los días que la obediencia les concediere. Experiencia tienes del fruto que se coge en esta soledad, pues en ella has escrito casi toda mi vida y el Señor te ha visitado con mayores beneficios y favores para mejorar la tuya y vencer a tus enemigos. Y para que en estos ejercicios entiendan tus monjas cómo se han de gobernar con mayor fruto y aprovechamiento, quiero que les escribas un tratado particular, señalándolas todas las

ocupaciones y las horas y tiempos en que las han de repartir (Se refiere la autora al *Ejercicio cotidiano en que el alma ocupa las horas del día variamente según la voluntad y agrado del Muy Alto*. Puede verse, entre otras, la edición del P. Ramón Buldú, Tipografía Católica, Barcelona, 1879, y la traducción al italiano publicada en la Tip. degli Acattoncelli, Nápoles, 1882.) Y éstas sean de manera que no falte a las comunidades la que estuviere en ejercicios, porque esta obediencia y obligación se debe anteponer a todas las particulares. En lo demás, guardarán inviolable silencio y andarán cubiertas con velo aquellos días para que sean conocidas y ninguna les hable palabra. Las que tuvieren oficios, no por eso han de ser privadas de este bien, y así los encargará la obediencia a otras que los hagan en aquel tiempo. Pide al Señor luz para escribir esto y yo te asistiré para que entonces entiendas más en particular lo que yo hacía y lo pongas por doctrina.

CAPITULO 16

Cómo celebraba María santísima las fiestas de la ascensión de Cristo nuestro Salvador y venida del Espíritu Santo, de los Ángeles y Santos y otras memorias de sus propios beneficios.

680. En cada una de las obras y misterios de nuestra gran Reina y Señora hallo nuevos secretos que penetrar, nuevas razones de admiración y encarecimiento, pero faltanme nuevas palabras con que manifestar lo que conozco. Por lo que se me ha dado a entender del amor que tenía Cristo nuestro Salvador a su purísima Madre y dignísima Esposa, me parece que según la inclinación y fuerza de esta caridad se privara Su Majestad eterna del trono de la gloria y compañía de los Santos por estar con su amantísima Madre (Cf. supra n. 123), si por otras razones no conviniera el estar el Hijo en el cielo y la

Madre en la tierra por el tiempo que duró esta separación y ausencia corporal. Y no se entienda que esta ponderación de la excelencia de la Reina deroga a la de su Hijo santísimo ni de los Santos; porque la divinidad del Padre y del Espíritu Santo estaba en Cristo indivisa con suma unidad individual, y las tres personas todas están en cada una por inseparable modo de inexistencia [circuminsessio], y nunca la persona del Verbo podía estar sin el Padre y Espíritu Santo. La compañía de los Ángeles y Santos, comparada con la de María santísima, cierto es que para su Hijo santísimo era menos que la de su digna Madre; esto es, considerando la fuerza del amor recíproco de Cristo y de María purísima. Pero por otras razones, convenía que el Señor, acabada la obra de la Redención humana, se volviera a la diestra del Eterno Padre, y que su felicísima Madre quedara en la Iglesia, para que por su industria y merecimientos se ejecutara la eficacia de la misma Redención y ella fomentara y sacara a luz el parto de la pasión y muerte de su Hijo santísimo.

681. Con esta providencia inefable y misteriosa ordenó Cristo nuestro Salvador sus obras, dejándolas llenas de divina sabiduría, magnificencia y gloria, confiando todo su corazón de esta Mujer fuerte, como lo dijo Salomón en sus Proverbios (Prov. 31, 11). Y no se halló frustrado en su confianza, pues la prudentísima Madre, con los tesoros de la pasión y sangre del mismo Señor, aplicados con sus propios méritos y solicitud, compró para su Hijo el campo en que plantó la viña de la Iglesia hasta el fin del mundo, que son las almas de los fieles, en quienes se conservará hasta entonces, y de los predestinados, en que será trasladada a la Jerusalén triunfante por todos los siglos de los siglos. Y si convenía a la gloria del Altísimo que toda esta obra se fiase de María santísima, para que nuestro Salvador Jesús entrase en la gloria de su Padre después de su milagrosa resurrección, también convenía

que su Madre beatísima, a quien amaba sin medida y la dejaba en el mundo, conservase la correspondencia y comercio posible a que le obligaba, no sólo su propio amor que la tenía, sino también el estado y la misma empresa en que la gran Señora se ocupaba en la tierra, donde la gracia, los medios, los favores y beneficios se debían proporcionar con la causa y con el fin altísimo de tan ocultos misterios. Y todo esto se conseguía gloriosamente con las frecuentes visitas que el mismo Hijo hacía a su Madre y con levantarla tantas veces al trono de su gloria, para que ni la invicta Reina estuviera siempre fuera de la corte, ni los cortesanos de ella carecieran tantos años de la vista deseable de su Reina y Señora, pues era posible este gozo y para todos conveniente.

682. Uno de los días que se renovaban estas maravillas, fuera de los que dejo escritos, era el que celebraba cada año la Ascensión de su Hijo santísimo a los cielos. Este día era grande y muy festivo para el cielo y para ella, porque para él se preparaba desde el día que celebraba la Resurrección de su Hijo. En todo aquel tiempo, hacía memoria de los favores y beneficios que recibió de su Hijo preciosísimo y de la compañía de los antiguos padres y santos que sacó del limbo y de todo cuanto le sucedió en aquellos cuarenta días, uno por uno; hacía gracias particulares con nuevos cánticos y ejercicios, como si entonces le sucediera, porque todo lo tenía presente en su indefectible memoria. Y no me detengo en referir las particularidades de estos días, porque dejo escrito lo que basta en los últimos capítulos de la segunda parte. Sólo digo que en esta preparación recibía nuestra gran Reina incomparables favores y nuevos influjos de la divinidad, con que estaba siempre más y más deificada y prevenida para los que había de recibir el día de la fiesta.

683. Llegando, pues, el misterioso día que en cada año correspondía al que nuestro Salvador Jesús subió a los cielos, descendía de ellos Su Majestad en persona al oratorio de su beatísima Madre, acompañado de innumerables Ángeles y de los Patriarcas y Santos que llevó consigo en su gloriosa Ascensión. Esperaba la gran Señora esta visita postrada en tierra como acostumbraba, aniquilada y deshecha en lo profundo de su inefable humildad, pero elevada sobre todo pensamiento humano y angélico hasta lo supremo del amor divino posible a una pura criatura. Manifestábasele luego su Hijo santísimo en medio de los coros de los santos y, renovando en ella la dulzura de sus bendiciones, mandaba el mismo Señor a los Ángeles que la levantasen del polvo y la colocasen a su diestra. Ejecutábase luego la voluntad del Salvador, y ponían los serafines en su trono a la que le dio el ser humano; y estando allí la preguntaba su Hijo santísimo qué deseaba, qué pedía y qué quería. A esta pregunta respondía María santísima: Hijo mío y Dios eterno, deseo la gloria y exaltación de Vuestro santo nombre; quiero agradeceros en el de todo el linaje humano el beneficio de haber levantado Vuestra omnipotencia en este día a nuestra naturaleza a la gloria y felicidad eterna. Pido por los hombres que todos conozcan, alaben y magnifiquen a Vuestra divinidad y humanidad santísima.

684. Respondíala el Señor: Madre mía y paloma mía, escogida entre las criaturas para mi habitación, venid conmigo a mi patria celestial, donde se cumplirán vuestros deseos y serán despachadas vuestras peticiones, y gozaréis de la solemnidad de este día, no entre los mortales hijos de Adán, sino en compañía de mis cortesanos y moradores del cielo.—Luego se encaminaba toda aquella celestial procesión por la región del aire, como sucedió el día mismo de la Ascensión, y así llegaba al cielo empíreo, estando

siempre la Virgen Madre a la diestra de su Hijo santísimo. Pero en llegando al supremo lugar, donde ordenadamente paraba toda aquella compañía, se reconocía en el cielo como un nuevo silencio y atención, no sólo de los Santos, sino del mismo Santo de los Santos. Y luego la gran Reina, pedía licencia al Señor y descendía del trono y postrada ante el acatamiento de la Beatísima Trinidad hacía un cántico admirable de loores, en que comprendía los misterios de la Encarnación y Redención, con todos los triunfos y victorias que ganó su Hijo santísimo hasta volver glorioso a la diestra del Eterno Padre el día de su admirable Ascensión.

685. De este cántico y alabanzas manifestaba el Altísimo el agrado y complacencia que tenía, y los Santos todos respondían con otros cantares nuevos de loores glorificando al Omnipotente en aquella tan admirable criatura, y todos recibían nuevo gozo con la presencia y excelencia de su Reina. Después de esto por mandado del Señor la levantaban los Ángeles otra vez a la diestra de su Hijo santísimo, y allí se le manifestaba la divinidad por visión intuitiva y gloriosa, precediendo las iluminaciones y adornos que en otras ocasiones semejantes he declarado (Cf. supra p. I n. 626ss; p. II n. 1522). De esta visión beatífica gozaba la Reina algunas horas de aquel día, y en ellas le daba el Señor de nuevo la posesión de aquel lugar que por su eternidad le tenía preparado, como se dijo en el día de la Ascensión. Y para mayor admiración y deuda nuestra, advierto que todos los años en este día era preguntada por el mismo Señor si quería quedarse en aquel eterno gozo para siempre o volver a la tierra para favorecer a la Santa Iglesia. Y dejándola en su mano esta elección, respondía que, si era voluntad del Todopoderoso, volvería a trabajar por los hombres, que eran el fruto de la Redención y muerte de su Hijo santísimo.

686. Esta resignación, repetida cada año, aceptaba de nuevo la Santísima Trinidad con admiración de los Bienaventurados. De manera que no una vez sola sino muchas, se privó la divina Madre del gozo de la visión beatífica por aquel tiempo, para descender al mundo, gobernar [como Medianera de todas las gracias divinas y con sus consejos] la Iglesia y enriquecerla con estos inefables merecimientos. Y porque el encarecerlos no cabe en nuestra corta capacidad, no será falta de esta Historia remitir el conocimiento para que le tengamos en la visión divina. Pero todos estos premios le quedaban guardados como de repuesto en la divina aceptación, para que después en la posesión fuese semejante a la humanidad de su Hijo en el grado posible, como quien había de estar dignamente a su diestra y en su trono. A todas estas maravillas se seguían las peticiones que la gran Reina hacía en el cielo por la exaltación del nombre del Altísimo, por la propagación de la Iglesia, por la conversión del mundo y victorias contra el demonio; y todas se le concedían en el modo que se han ejecutado y ejecutan en todos los siglos de la Iglesia; y fueran mayores los favores, si los pecados del mundo no los impidieran con hacer indignos a los mortales para recibirlos. Después de todo esto, volvían los Ángeles a su Reina al oratorio del cenáculo con celestial música y armonía y luego se postraba y humillaba para agradecer de nuevo estos favores. Pero advierto que el Evangelista San Juan, con la noticia que tenía de estas maravillas, mereció participar algo de sus efectos, porque solía ver a la Reina tan llena de refulgencia, que no la podía mirar al rostro por la divina luz que despedía. Y como la gran Maestra de la humildad siempre andaba como por el suelo y a los pies del Evangelista pidiéndole licencia de rodillas, tenía el Santo muchas ocasiones de verla, y con el temor reverencial que le causaba venía muchas veces a turbarse en presencia de la gran Señora, aunque esto era con admirable júbilo y efectos de santidad.

687. Los efectos y beneficios de esta gran festividad de la Ascensión ordenaba la gran Reina para celebrar más dignamente la venida del Espíritu Santo, y con ellos se preparaba en aquellos nueve días que hay entre estas dos solemnidades. Continuaba sus ejercicios incesantemente, con ardentísimos deseos de que renovase en ella el Señor los dones de su divino Espíritu. Y cuando llegaba el día, se le cumplían estos deseos con las obras de la Omnipotencia, porque a la misma hora que descendió la primera vez al Cenáculo sobre el Sagrado Colegio, descendía cada año sobre la misma Madre de Jesús, Esposa y templo del Espíritu Santo. Y aunque esta venida no era menos solemne que la primera, porque venía en forma visible de fuego con admirable resplandor y estruendo, pero estas señales no eran manifiestas a todos como lo fueron en la primera venida, porque entonces fue así necesario y después no convenía que todos lo entendiesen, más que la divina Madre y algo que conocía el Evangelista. Asistíanla en este favor muchos millares de Ángeles con dulcísima armonía y cánticos del Señor, y el Espíritu Santo la inflamaba toda y la renovaba con superabundantes dones y nuevos aumentos de los que en tan eminente grado poseía. Luego le daba la gran Señora humildes gracias por este beneficio y por el que había hecho a los Apóstoles y discípulos llenándolos de sabiduría y carismas, para que fuesen dignos ministros del Señor y fundadores tan idóneos de su Santa Iglesia, y porque con su venida había sellado las obras de la Redención humana. Pedía luego con prolija oración al divino Espíritu que continuase en la Santa Iglesia, por los siglos presentes y futuros, los influjos de su gracia y sabiduría, y no los suspendiese en ningún tiempo por los pecados de los hombres, que le desobligarían y los desmerecían. Todas estas peticiones concedía el Espíritu Santo a su única Esposa, y el fruto de ellas gozaba la Santa Iglesia,

y le gozará hasta el fin del mundo.

688. A todos estos misterios y festividades del Señor y suyas añadía nuestra gran Reina otras dos, que celebraba con especial júbilo y devoción en otros dos días por el discurso del año: la una a los Santos Ángeles y la otra a los Santos de la naturaleza humana. Para celebrar las excelencias y santidad de la naturaleza angélica se preparaba algunos días con los ejercicios de otras fiestas y con nuevos cánticos de gloria y loores, recopilando en ellos la obra de la creación de estos espíritus divinos, y más la de su justificación y glorificación, con todos los misterios y secretos que de todos y de cada uno de ellos conocía. Y llegando el día que tenía destinada los convidaba a todos, y descendían muchos millares de los órdenes y coros celestiales y se manifestaban con admirable gloria y hermosura en su oratorio. Luego se formaban dos coros, en el uno estaba nuestra Reina, y en el otro todos los espíritus soberanos; y alternando como a versos comenzaba la gran Señora y respondían los Ángeles con celestial armonía, por todo lo que duraba aquel día. Y si fuera posible manifestar al mundo los cánticos misteriosos que en estos días formaban María santísima y los Ángeles, sin duda fuera una de las grandes maravillas del Señor y asombro de todos los mortales. No hallo yo términos, ni tengo tiempo para declarar lo poco que de este sacramento he conocido. Porque en primer lugar, alababan al ser de Dios en sí mismo, en todas sus perfecciones y atributos que conocían. Luego la gran Reina le bendecía y engrandecía por lo que su majestad, sabiduría y omnipotencia se había manifestado en haber criado tantas y tan hermosas sustancias espirituales y angélicas, y por haberlas favorecido con tantos dones de naturaleza y gracia, y por sus ministerios, ejercicios y obsequio en cumplir la voluntad de Dios y en asistir y gobernar a los hombres y a toda inferior y visible naturaleza. A estas

alabanzas respondían los Ángeles con el retorno y desempeño de aquella deuda, y todos cantaban al Omnipotente admirables loores y alabanzas, porque había criado y elegido para Madre suya a una Virgen tan pura, tan santa y digna de sus mayores dones y favores y porque la había levantado sobre todas las criaturas en santidad y gloria y le había dado el dominio e imperio para que todas la sirviesen, adorasen y predicasen por digna Madre de Dios y restauradora del linaje humano.

689. De esta manera discurrían los espíritus soberanos por las grandes excelencias de su Reina y bendecían a Dios en ella, y Su Alteza discurría por las de los Ángeles y hacía las mismas alabanzas; con que venía a ser este día de admirable júbilo y dulzura para la gran Señora y gozo accidental de los Ángeles, y en especial le recibían los mil que para su ordinaria custodia la asistían, si bien todos participaban en su modo de la gloria que daban a su Reina y Señora. Y como ni de una ni de otra parte impedía la ignorancia, ni faltaba la sabiduría y aprecio de los misterios que confesaban, era este coloquio de incomparable veneración, y lo será cuando en el Señor lo conozcamos.

690. Otro día celebraba fiesta a todos los Santos de la naturaleza humana, disponiéndose primero con muchas oraciones y ejercicios como en otras festividades; y en ésta descendían a celebrarla con su Reparadora todos los Antiguos Padres, Patriarcas y Profetas, con los demás Santos que después de la Redención habían muerto. En este día hacía nuevos cánticos de agradecimiento por la gloria de aquellos Santos y porque en ellos había sido eficaz la Redención y muerte de su santísimo Hijo. Era grande el júbilo que la Reina tenía en esta ocasión, conociendo el secreto de la predestinación de los Santos y que habiendo estado en carne mortal y vida tan peligrosa estaban ya en la segura felicidad de la

eterna. Por este beneficio bendecía al Señor y Padre de las misericordias y recopilaba en estas alabanzas los favores, gracias y beneficios que cada uno de los Santos había recibido. Pedía les que rogasen por la Santa Iglesia y por aquellos que militaban en ella y estaban en la batalla, con peligro de perder la corona que ya ellos poseían. Después de todo esto hacía memoria y nuevo agradecimiento de las victorias y triunfos que con el poder divino había ganado ella misma del demonio en las batallas que con él había tenido. Y por estos favores y las almas que del poder de las tinieblas había rescatado, hacía nuevos cánticos y humildes y fervientes actos de agradecimiento.

691. De admiración será para los hombres, como lo fue para los Ángeles, que una pura criatura en carne mortal obrase tantas y tan incesantes maravillas que a muchas almas juntas parecen imposibles, aunque fueran tan ardientes como los supremos serafines; pero nuestra gran Reina tenía cierta participación de la omnipotencia divina, con que en ella era fácil lo que en otras criaturas es imposible. Y en estos últimos años de su vida santísima creció en ella esta actividad de manera que no cabe en nuestra capacidad la ponderación de sus obras: sin hacer intervalo ni descansar, de día y de noche; porque ya no la impedía la mortalidad y peso de la naturaleza, antes obraba como ángel infatigablemente, y más que ellos juntos, y toda era una llama y un incendio de inmensa actividad. Con esta divinísima virtud le parecían breves los días, pocas las ocasiones, limitados los ejercicios, porque siempre se extendía el amor a infinito más de lo que hacía, aunque esto era sin medida. Yo he dicho poco o nada de estas maravillas para lo que en sí mismas eran, y así lo conozco y confieso, porque veo un intervalo o distancia casi infinita entre lo que se me ha declarado y lo que no soy capaz de entender en esta vida. Y si de lo que se me ha manifestado no puedo dar

entera noticia, ¿cómo diré lo que ignoro, sin conocer más que la ignorancia? Procuremos no desmerecer la luz que nos espera para verlo en Dios, que sólo este premio y gozo pudiera obligarnos, cuando no esperáramos otro, para trabajar y padecer hasta el fin del mundo todas las penas y tormentos de los Mártires, y se nos pagarán muy bien con el gozo de conocer la dignidad y excelencia de María santísima, viéndola a la diestra de su Hijo y Dios verdadero sublimada sobre todos los espíritus angélicos y santos del cielo.

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles.

692. Hija mía, al paso que caminas en escribir el discurso de mis obras y vida mortal, deseo yo que te adelantes y camines en mi perfectísima imitación y secuela. Este deseo crece también en mí, como en ti la luz y admiración de lo que entiendes y escribes. Ya es tiempo que restaures lo que hasta ahora te has detenido y que levantes el vuelo de tu espíritu al estado que te llama el Altísimo y yo te convido. Llena tus obras de toda perfección y santidad y advierte que es impía y cruel la contradicción que para esto te hacen tus enemigos, demonio, mundo y carne; y no es posible vencer tantas dificultades y tentaciones, si no enciendes en tu corazón una emulación fervorosa y un fervor ardentísimo que con ímpetu invencible atropelle y huelle la cabeza de la serpiente venenosa, que con astucia diabólica se vale de muchos medios engañosos o para derribarte o a lo menos para detenerte en esta carrera y que no llegues al fin que tú deseas y al estado que te previene el Señor que te eligió para él.

693. No debes ignorar tú, hija mía, el desvelo y atención que tiene el demonio a cualquiera descuido, olvido y mínima inadvertencia de las almas, que siempre anda rodeando y acechando (1 Pe 5, 8), y de cualquiera

negligencia que reconoce en ellas se aprovecha, sin perder ocasión para introducirles con astucia sus tentaciones, inclinándolas y moviendo sus pasiones en que las reconoce incautas para que reciban la herida de la culpa antes que enteramente la conozcan, y cuando después la sientan y desean el remedio entonces hallan mayor dificultad, y para levantarse ya caídas necesitan de más abundante gracia y esfuerzo para resistir antes que cayesen. Con la culpa se enflaquece el alma en la virtud y sus enemigos cobran mayor brío y las pasiones se hacen más indómitas e invencibles, y por estas causas caen muchos y se levantan menos. El remedio contra este peligro es vivir con vigilante atención, con ansias y continuos deseos de merecer la divina gracia, con incesante porfía en obrar lo mejor, con no dejar tiempo vacío en que halle el enemigo el alma desocupada e inadvertida y sin algún ejercicio y obra de virtud. Con esto se aligera el mismo peso de la naturaleza terrena, se quebrantan las pasiones y malas inclinaciones, se atemoriza el mismo demonio, se levanta el espíritu y cobra fuerzas contra la carne y dominio sobre la parte inferior y sensitiva, sujetándola a la divina voluntad.

694. Para todo esto tienes ejemplo vivo en mis obras, y para que no le olvides las escribes, y yo te las he manifestado con tanta luz como has recibido. Atiende, pues, carísima, a todo lo que en este claro espejo se te representa, y si me conoces y confiesas por Maestra y Madre tuya y de toda la santidad y perfección verdadera, no tardes en imitarme y seguirme. No es posible que tú ni otra criatura llegue a la perfección y alteza de mis obras, ni a esto te obliga el Señor, pero muy posible es, con su divina gracia, que llenes tu vida con las obras de virtud y santidad y que ocupes en ellas todo el tiempo y todas tus potencias, añadiendo ejercicios santos a otros ejercicios, oraciones a oraciones, peticiones a peticiones y virtudes a virtudes, sin que a ningún tiempo, día y hora de tu vida

le falte obra buena, como conoces que yo lo hacía. Para esto, a unas obras añadía otras ocupaciones que tenía en el gobierno [como Medianera de todas las gracias divinas y con consejos] de la Iglesia, celebraba tantas festividades con el modo y disposición que has conocido y escrito. Y en acabando una, comenzaba a prevenirme para otra, de manera que ni un instante de mi vida quedase vacío de obras santas y agradables al Señor. Todos los hijos de la Iglesia, si quieren pueden imitarme en esto, y tú lo debes hacer más que todos, que para eso ordenó el Espíritu Santo las solemnidades y memoria de mi Hijo santísimo, las mías y de otros Santos que celebra la misma Iglesia.

695. En todas ellas quiero que te señales mucho, como otras veces te lo dejo mandado, y en especial en los misterios de la divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo y en los de mi vida y de mi gloria. Después de esto quiero que tengas singular veneración y afecto a la naturaleza angélica, así por grande excelencia, santidad, hermosura y ministerios, como por los grandes favores y beneficios que por estos espíritus celestiales has recibido. Quiero que procures asimilarte a ellos en la pureza de tu alma, en la alteza de los santos pensamientos, en el incendio del amor y en vivir como si no tuvieras cuerpo terreno ni sus pasiones. Ellos han de ser tus amigos y compañeros en tu peregrinación, para que después lo sean en la patria. Con ellos ha de ser ahora tu conversación y trato familiar, en que te manifestarán las condiciones y señales de tu Esposo y te darán cierta noticia de sus perfecciones, te enseñarán los caminos rectos de la justicia y de la paz, te defenderán del demonio, te avisarán de sus engaños y en la ordinaria escuela de estos espíritus y ministros del Altísimo aprenderás las leyes del amor divino. Óyelos y obedécelos en todo.

CAPITULO 17

La embajada del Altísimo que tuvo María santísima por el Arcángel San Gabriel de que la restaban tres años de vida y lo que sucedió con este aviso del cielo a San Juan Evangelista y a todas las criaturas de la naturaleza.

696. Para decir lo que me resta de los últimos años de la vida de nuestra única y divina fénix María santísima, justo es que el corazón y los ojos administren el licor con que deseo escribir tan dulces, tan tiernas como sensibles maravillas. Quisiera prevenir a los devotos corazones de los fieles que no las lean y consideren como pasadas y ausentes, pues la virtud poderosa de la fe hace presentes las verdades, y si de cerca las miramos con la debida piedad y devoción cristiana, sin duda cogeremos el fruto suavísimo, sentiremos los efectos y gozará nuestro corazón del bien que no alcanzaron nuestros ojos.

697. Llegó María santísima a la edad de sesenta y siete años sin haber interrumpido la carrera y detenido el vuelo, ni mitigado el incendio de su amor y merecimiento desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, pero habiendo crecido todo esto en todos los momentos de su vida. Los inefables dones, beneficios y favores del Señor la tenían toda deificada y espiritualizada; los afectos, los ardores y deseos de su castísimo corazón no la dejaban descansar fuera del centro de su amor; las prisiones de la carne la eran violentas; la inclinación y peso de la misma divinidad, para unirla consigo con eterno y estrecho lazo, estaba, a nuestro modo de entender, en lo sumo de la potencia; y la misma tierra, indigna por los pecados de los mortales de tener en sí al tesoro de los cielos, no podía ya conservarle más sin restituirle a su verdadero dueño. El Eterno Padre deseaba a su única y verdadera Hija, el Hijo a su amada y dilectísima Madre y el Espíritu Santo deseaba los abrazos

de su hermosísima Esposa; los Ángeles codiciaban la vista de su Reina, los Santos de su gran Señora y todos los cielos con voces mudas pedían a su moradora y Emperatriz que los llenase de gloria, de su belleza y alegría. Sólo alegaban en favor del mundo y de la Iglesia la necesidad que tenía de tal Madre y Maestra y la caridad con que amaba el mismo Dios a los míseros hijos de Adán.

698. Pero como era inexcusable que llegase el plazo y término de la carrera mortal de nuestra Reina, confirióse, a nuestro entender, en el divino consistorio el orden de glorificar a la beatísima Madre y se pesó el amor que a ella sola se le debía, habiendo satisfecho a la misericordia con los hombres copiosamente en los muchos años que la había tenido la Iglesia por Fundadora y Maestra. Determinó el Altísimo entreternerla y consolarla, dándole aviso cierto de lo que le restaba de vida, para que, asegurada del día y de la hora tan deseada para ella, esperase alegre el término de su destierro. Para esto despachó la Beatísima Trinidad al Santo Arcángel Gabriel con otros muchos cortesanos de las jerarquías celestiales que evangelizasen a su Reina cuándo y cómo se cumpliría el plazo de su vida mortal y pasaría a la eterna.

699. Bajó el Santo Príncipe con los demás al oratorio de la gran Señora en el Cenáculo de Jerusalén, donde la hallaron postrada en tierra en forma de cruz, pidiendo misericordia por los pecadores. Pero con la música y presencia de los Santos Ángeles se puso de rodillas para oír y ver al embajador del cielo y a sus compañeros, que todos con vestiduras blancas y refulgentes la rodearon con admirable agrado y reverencia. Venían todos con coronas y palmas en las manos, cada una diferente, pero todos representaban con inestimable precio y hermosura diversos premios y glorias de su gran Reina y

Señora. Saludóla el Santo Ángel con la salutación del *Ave María* y prosiguiendo dijo: Emperatriz y Señora nuestra, el Omnipotente y Santo de los santos nos envía desde su corte para que de parte suya os evangelicemos el término felicísimo de vuestra peregrinación y destierro de la vida mortal. Ya, Señora, llegará presto el día y la hora tan deseada, en que por medio de la muerte natural recibiréis la posesión eterna de la inmortal vida que os espera en la diestra y gloria de vuestro Hijo santísimo y nuestro Dios. Tres años puntuales restan desde hoy para que seáis levantada y recibida en el gozo interminable del Señor, donde todos sus moradores os esperan, codiciando vuestra presencia.

700. Oyó María santísima esta embajada con inefable júbilo de su purísimo y ardentísimo espíritu y postrándose de nuevo en tierra respondió también como en la Encarnación del Verbo: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum (Lc 1, 38)*; aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según vuestra palabra.—Pidió luego a los Santos Ángeles y ministros del Altísimo la ayudasen a dar gracias por aquel beneficio y nuevas de tanto gozo para Su Alteza. Comenzó la gran Madre y respondieron los serafines y ángeles, alternando los versos de este cántico por espacio de dos horas continuas. Y aunque por su naturaleza y dones sobrenaturales son tan prestos, sabios y elegantes los espíritus angélicos, con todo eso la divina Madre los excedía en todo a todos como Reina y Señora a sus vasallos; porque en ella abundaba la sabiduría y gracia como en Maestra y en ellos como discípulos. Acabado este cántico y humillándose de nuevo encargó a los espíritus soberanos rogasen al Señor la preparase para pasar de la vida mortal a la eterna y de su parte pidiesen lo mismo a los demás ángeles y santos del cielo. Ofreciéronla que en todo la obedecerían, y con esto se despidió San Gabriel Arcángel y se volvió al empíreo con

toda su compañía.

701. La gran Reina y Señora de todo el universo quedó sola en su oratorio y entre lágrimas de humildad y júbilo se postró en tierra y hablando con ella y abrazándola como a común madre de todos, dijo estas palabras: Tierra, yo te doy las gracias que te debo, porque sin merecerlo me has sustentado sesenta y siete años. Tú eres criatura del Altísimo y por su voluntad me has conservado hasta ahora. Yo te ruego que me ayudes en lo que me resta de ser tu moradora, para que así como de ti y en ti fui criada, de ti y por ti llegue al fin deseado de la vista de mi Hacedor.—Convirtiéndose también a otras criaturas y hablando con ellas dijo: Cielos, planetas, astros y elementos fabricados por la mano poderosa de mi Amado, testigos fieles y predicadores de su grandeza y hermosura, también os agradezco lo que vosotros y vuestras criaturas habéis obrado con vuestras influencias y virtud en la conservación de mi vida; ayudadme, pues, de nuevo desde hoy, que yo la mejoraré con el favor divino en el plazo que falta a mi carrera, para ser agradecida a mi Criador y vuestro.

702. El día que sucedió esta embajada, conforme a las palabras del Arcángel, sería el mes de agosto, el que correspondía tres años antes del glorioso tránsito de María santísima, de que hablaré adelante (Cf. infra n. 742). Pero desde aquella hora que recibió este aviso, de tal manera se inflamó de nuevo en la llama del amor divino y multiplicó con más prolijidad todos los ejercicios, como si tuviera que restaurar algo que por negligencia o menos fervor hubiera omitido hasta aquel día. El caminante apresura el paso cuando se le acaba el día y le falta mucha parte del camino; el trabajador y mercenario acrecientan las fuerzas y el conato cuando llega la tarde y no se acaba la tarea. Pero nuestra gran Reina, no por el temor de la noche ni por el riesgo de la

jornada, sino por el amor y deseos de la eterna luz, apresuraba el paso de sus heroicas obras, no para llegar antes, sino para entrar más rica y próspera en el perdurable gozo del Señor. Escribió luego a todos los Apóstoles y discípulos que andaban predicando para animarlos de nuevo en la conversión del mundo y repitió más veces esta diligencia en aquellos tres últimos años. Con los demás fieles que tenía presentes hizo mayores demostraciones, exhortándolos y confirmándolos en la fe. Y aunque de todos guardaba su secreto, pero las obras eran como de quien ya comenzaba a despedirse y deseaba dejarlos a todos ricos y prósperos y llenos de beneficios celestiales.

703. Con el Evangelista San Juan corrían diferentes razones que con los demás, porque le tenía por hijo y la asistía y servía singularmente entre todos. Por esto le pareció a la gran Señora darle noticia del aviso que tenía de su muerte y pasados algunos días le habló, pidiéndole primero la bendición y licencia, y con ella le dijo: Ya sabéis, hijo mío y mi señor, que entre las criaturas del Altísimo yo soy la más deudora y obligada al rendimiento de su divina voluntad; y si todo lo criado pende de ella, en mí se ha de cumplir enteramente su beneplácito por tiempos y eternidad; y Vos, hijo mío, debéis ayudarme en esto, como quien conoce los títulos con que soy toda de mi Dios y Señor. Su dignación y misericordia infinita me han manifestado que se llegará presto el término de mi vida mortal para pasar a la eterna, y del día que recibí este aviso me restan solo tres años en que se acabará mi destierro. Yo os suplico, señor mío, me ayudéis en este breve tiempo para que yo trabaje en dar gracias al Altísimo y algún retorno de los inmensos beneficios que de su liberalísimo amor tengo recibidos. Orad por mí, como de lo íntimo de mi alma os lo suplico.

704. Estas razones de la Beatísima Madre dividieron el

corazón amoroso de San Juan Evangelista y, sin que pudiese contener el dolor y lágrimas, la respondió: Madre y Señora mía, a la voluntad del Altísimo y la Vuestra estoy rendido para obedecer en lo que me mandáis, aunque mis méritos no llegan a mi obligación y deseos. Pero Vos, Señora y Madre piadosísima, amparad a este pobre hijo Vuestro que se ha de ver solo y huérfano sin vuestra deseable compañía.—No pudo San Juan Evangelista añadir más razones, oprimido de los sollozos y lágrimas que le causaba su dolor. Y aunque la dulcísima Reina le animó y consoló con suaves y eficaces razones, con todo eso desde aquel día quedó el Santo Apóstol penetrado el corazón con una flecha de dolor y tristeza que le debilitaba y volvía macilento; como sucede a las flores que vivifica el sol y se les ausenta y esconde, que habiéndole seguido y acompañado en su carrera, a la tarde se desmayan y entristecen porque le pierden de vista. En este desconsuelo fueron piadosas las promesas de la beatísima Madre, para que San Juan Evangelista no desfalleciese en la vida, asegurando que ella sería la Madre y Abogada con su Hijo santísimo. Dio cuenta de este suceso el Evangelista a Santiago [Jacobo] el Menor, que como Obispo de Jerusalén asistía con él al servicio de la Emperatriz del mundo —como San Pedro lo había ordenado y dije en su lugar (Cf. supra n. 230)— y los dos Apóstoles quedaron prevenidos desde entonces y acompañaron con más frecuencia a su Reina y Señora, especialmente el Evangelista, que no se podía alejar de su presencia.

705. Y corriendo el curso de estos tres últimos años de la vida de nuestra Reina y Señora, ordenó el poder divino con una oculta y suave fuerza que todo el resto de la naturaleza comenzara a sentir el llanto y prevenir el luto para la muerte de la que con su vida daba hermosura y perfección a todo lo criado. Los Sagrados Apóstoles, aunque estaban derramados por el mundo, comenzaron

a sentir un nuevo cuidado que les llevaba la atención, con celos de cuándo les faltaría su Maestra y amparo, porque ya les dictaba la divina y oculta luz que no se podía dilatar mucho este plazo inevitable. Los otros fieles moradores de Jerusalén y vecinos de Palestina, reconocían en sí mismos como un secreto aviso de que su tesoro y alegría no sería para largo tiempo. Los cielos, astros y planetas perdieron mucho de su hermosura y alegría, como lo pierde el día cuando se acerca la noche. Las aves del cielo hicieron singular demostración de tristeza en los dos últimos años, porque gran multitud de ellas acudían de ordinario donde estaba María santísima y, rodeando su oratorio con extraordinarios vuelos y meneos, formaban en lugar de cánticos diversas voces tristes, como quien se lamentaba y gemía con dolor, hasta que la misma Señora las mandaba que alabasen a su Criador con sus cánticos naturales y sonoros; y de esta maravilla fue testigo muchas veces San Juan Evangelista, que las acompañaba en sus lamentos. Y pocos días antes del tránsito de la divina Madre concurren a ella innumerables avecillas, postrando sus cabecitas y picos por el suelo y rompiendo sus pechos con gemidos, como quien dolorosamente se despedía para siempre, y la pedían su última bendición.

706. Y no solas las aves del aire hicieron este llanto, sino hasta los animales brutos de la tierra las acompañaron en él. Porque saliendo la gran Reina del cielo un día a visitar los Sagrados Lugares de nuestra Redención, como lo acostumbraba, llegando al monte Calvario la rodearon muchas fieras silvestres que de diversos montes habían venido a esperarla, y unas postrándose en tierra, otras humillando las cervices y todas formando tristes gemidos, estuvieron algunas horas manifestándola el dolor que sentían de que se ausentaba de la tierra donde vivían la que reconocían por Señora y honra de todo el universo. Y la mayor maravilla que

sucedió en el general sentimiento y mudanza de todas las criaturas fue que, por seis meses antes de la muerte de María santísima, el sol, luna y estrellas dieron menos luz que hasta entonces habían dado a los mortales y el día del dichoso tránsito se eclipsaron como sucedió en la muerte del Redentor del mundo. Y aunque muchos hombres sabios y advertidos notaron estas novedades y mudanza en los orbes celestes, todos ignoraban la causa y sólo pudieron admirarse. Pero los Apóstoles y discípulos que, como diré adelante (Cf. infra n. 735), asistieron a su dulcísima y feliz muerte, conocieron entonces el sentimiento de toda la naturaleza insensible, que dignamente anticipó su llanto, cuando la naturaleza humana y capaz de razón no supo llorar la pérdida de su Reina, de su legítima Señora y su verdadera hermosura y gloria. En las demás criaturas parece se cumplió la profecía de San Zacarías (Zac 12, 10-12): que en aquel día lloraría la tierra y las familias de la casa de Dios, una por una, cada cual por su parte, y sería este llanto como el que sucedió en la muerte del Primogénito, sobre quien todos suelen llorar. Y esto que dijo el Profeta del Unigénito del Eterno Padre y primogénito de María santísima, Cristo Jesús nuestro Salvador, también se debía a la muerte de su Madre purísima respectivamente, como Primogénita y Madre de la gracia y de la vida. Y como los vasallos fieles y siervos reconocidos, no sólo en la muerte de su príncipe y su reina se visten de luto, pero en su peligro se entristecen anticipando el dolor a la pérdida, así las criaturas irracionales se adelantaron en el sentimiento y señales de tristeza cuando se acercaba el tránsito de María santísima.

707. Sólo el Evangelista las acompañaba en este dolor y fue el primero y el que solo sintió sobre todos los demás esta pérdida, sin poderlo disimular ni ocultar de las personas que más familiarmente le trataban en la casa

del Cenáculo. Algunas de aquella familia, especialmente dos doncellas, hijas del dueño de la casa, que asistían mucho a la Reina del mundo y la servían; estas personas y algunas otras muy devotas advirtieron en la tristeza del Apóstol San Juan y repetidas veces llegaron a verle derramar muchas lágrimas. Y como conocían la igualdad tan apacible y continua del Santo, les pareció que aquella novedad suponía algún suceso de mucho cuidado, y con piadoso deseo llegaron algunas veces a preguntarle con instancia la causa de su nueva tristeza, para servirle en lo que fuera posible. El Santo Apóstol disimulaba su dolor y ocultó muchos días la causa de él, pero, no sin dispensación divina, con las importunaciones de sus devotos les manifestó que se acercaba el dichoso tránsito de su Madre y Señora; con este título nombraba el Evangelista en ausencia a María santísima.

708. Por este medio se comenzó a divulgar y llorar, algún tiempo antes que sucediese, este trabajo que amenazaba a la Iglesia entre algunos más familiares de la gran Reina, porque ninguno de los que llegaron a entenderlo se pudo contener en sus lágrimas y tristeza tan irreparable. Y desde entonces frecuentaban mucho más la asistencia y visitas de María santísima, arrojándose a sus pies, besando el suelo donde hollaban sus sagradas plantas; pidiéndola los bendijese y llevase tras de sí y no los olvidase en la gloria del Señor, a donde consigo se llevaba todos los corazones de sus siervos. Fue gran misericordia y providencia del Señor, que muchos fieles de la primitiva Iglesia tuviesen esta noticia tan anticipada de la muerte de su Reina; porque no envía trabajos ni males al pueblo que primero no los manifieste a sus siervos, como lo aseguró por su Profeta San Amós [Día 31 de marzo: Thécuae, in Palaestina, sancti Amos Prophetae, qui ab Amasia Sacerdote frequenter plagis afflictus est, atque ab hujus filio Ozía vecte per tempora transfixus; et postea, semivivus in pátriam devectus,

ibídem exspirávit, sepultúsque est cum pátribus suis.] (Am 3, 7). Y aunque esta tribulación era inexcusable para los fieles de aquel siglo, pero ordenó la divina clemencia que en cuanto era posible recompensase la primitiva Iglesia esta pérdida de su Madre y Maestra, obligándola con sus lágrimas y dolor para que en aquel espacio de tiempo que le restaba de su vida los favoreciese y enriqueciese con los tesoros de la divina gracia, que como Señora de todos los podía distribuir para consolarlos en su despedida, como en efecto sucedió; porque las maternales entrañas de la beatísima Señora se conmovieron a esta extremada piedad con las lágrimas de aquellos fieles, y para ellos y todo el resto de la Iglesia alcanzó en los últimos días de su vida nuevos beneficios y misericordias de su Hijo santísimo; y por no privar de estos favores a la Iglesia, no quiso el Señor quitarles de improviso a la divina Madre, en quien tenían amparo, consuelo, alegría, remedio en las necesidades, alivio en los trabajos, consejo en las dudas, salud en las enfermedades, socorro en las aflicciones y todos los bienes juntos.

709. En ningún tiempo ni ocasión se halló frustrada la esperanza de los que en la gran Madre de la gracia la buscaron. Siempre remedió y socorrió a todos cuantos no resistieron a su amorosa clemencia; pero en los últimos dos años de su vida, ni se pueden contar ni ponderar las maravillas que hizo en beneficio de los mortales, por el gran concurso que de todo género de gentes la frecuentaban. A todos los enfermos que se le pusieron presentes dio salud de cuerpo y alma, convirtió muchos a la verdad evangélica, trajo innumerables almas al estado de la gracia sacándolas de pecado. Remedió grandes necesidades de los pobres; a unos dándoles lo que tenía y lo que la ofrecían, a otros socorriéndolos por medio milagroso. Confirmaba a todos en el temor de Dios, en la fe y obediencia de la Iglesia santa y, como

Señora y Tesorera única de las riquezas de la divinidad y de la vida y muerte de su Hijo santísimo, quiso franquearlas con liberal misericordia antes de su muerte, para dejar enriquecidos a los hijos de quien se ausentaba como fieles de la Iglesia, y sobre todo esto los consoló y animó con las promesas de lo que hoy nos favorece a la diestra de su Hijo.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles.

710. Hija mía, para que se entendiera el júbilo que causó en mi alma el aviso del Señor, de que se llegaba el término de mi vida mortal, era necesario conocer el deseo y fuerza de mi amor para llegar a verle y gozarle eternamente en la gloria que me tenía preparada. Todo este sacramento excede a la capacidad humana, y lo que pudieran alcanzar de él para su consuelo los hijos de la Iglesia no lo merecen ni se hacen capaces, porque no se aplican a la luz interior y a purificar sus conciencias para recibirlas. Contigo hemos sido liberales mi Hijo santísimo y yo en esta misericordia y en otras y te aseguro, carísima, que serán muy dichosos los ojos que vieren lo que has visto (Lc 10, 24) y oyeren lo que has oído. Guarda tu tesoro y no le pierdas, trabaja con todas tus fuerzas para lograr el fruto de esta ciencia y de mi doctrina. Y quiero de ti que una parte de ella sea imitarme en disponerte desde luego para la hora de tu muerte; pues cuando tuvieras de ella alguna certeza, cualquier plazo te debiera parecer muy corto para asegurar el negocio que en ella se ha de resolver de la gloria o pena eterna. Ninguna de las criaturas racionales tuvo tan seguro el premio como yo y, con ser esta verdad tan infalible, se me dio tres años antes el aviso de mi muerte; y con todo eso, has conocido que me dispuse y preparé, como criatura mortal y terrena, con el temor santo que se debe tener en aquella hora. Y en esto hice lo que me tocaba en cuanto era mortal y Maestra de la Iglesia, donde daba

ejemplo de lo que los demás fieles deben hacer como mortales y más necesitados de esta prevención para no caer en la condenación eterna.

711. Entre los absurdos y falacias que los demonios han introducido en el mundo, ninguno es mayor ni más pernicioso que olvidar la hora de la muerte y lo que en el justo juicio del riguroso Juez les ha de suceder. Considera, hija mía, que por esta puerta entró el pecado en el mundo, pues a la primera mujer lo principal que le pretendió persuadir la serpiente fue que no moriría (Gen 3, 4) ni tratase de esto. Y con aquel engaño continuado son infinitos los necios que viven sin esta memoria y mueren como olvidados de la suerte infeliz que les espera. Para que a ti no te alcance esta perversidad humana, desde luego te da por avisada que has de morir inexcusablemente, que has recibido mucho y pagado poco, que la cuenta será tanto más rígida cuánto el supremo Juez ha sido más liberal con los dones y talentos que te ha dado y en la espera que ha tenido. No quiero de ti más ni tampoco menos de lo que debes a tu Señor y Esposo, que es obrar siempre lo mejor en todo lugar, tiempo y ocasión, sin admitir descuido, intervalo ni olvido.

712. Y si como flaca tuvieres alguna omisión o negligencia, no caiga el sol ni se pase el día sin dolerte y confesarte, si puedes, como para la última cuenta. Y proponiendo la enmienda, aunque sea levísima culpa, comenzarás a trabajar con nuevos fervores y cuidados, como a quien se le acaba el tiempo de conseguir tan ardua y trabajosa empresa, cual es la gloria y felicidad eterna y no caer en la muerte y tormentos sin fin. Este ha de ser el continuo empleo de todas tus potencias y sentidos, para que tu esperanza sea cierta (2 Cor 1, 7) y con alegría, para que no trabajes en vano (Flp 2, 16) ni corras a lo incierto (1 Cor 9, 26), como corren los que se contentan con algunas obras buenas y cometen muchas

reprehensibles y feas. Estos no pueden caminar con seguridad y gozo interior de la esperanza, porque la misma conciencia los desconfía y entristece, si no es cuando viven olvidados y con estulta alegría de la carne. Para llenar tú todas tus obras continúa los ejercicios que te he enseñado y también el que acostumbras de la muerte, con todas las oraciones, postraciones y recomendaciones del alma que sueles hacer. Y luego mentalmente recibe el viático como quien está de partida para la otra vida y despídete de la presente olvidando todo cuanto hay en ella. Enciende tu corazón con deseos de ver a Dios y sube hasta su presencia, donde ha de ser tu morada y ahora tu conversación (Flp 3, 20).

CAPITULO 18

Cómo crecieron en los últimos días de María santísima los vuelos y deseos de ver a Dios, despídese de los Lugares Santos y de la Iglesia Católica, ordena su testamento asistiéndola la Santísima Trinidad.

713. Más pobre de razones y palabras me hallo en la mayor necesidad para decir algo del estado a donde llegó el amor de María santísima en los últimos días de su vida, los ímpetus y vuelos de su purísimo espíritu, los deseos y ansias incomparables de llegar al estrecho abrazo de la divinidad. No hallo símil ajustado en toda la naturaleza, y si alguno puede servir para mi intento es el elemento del fuego, por la correspondencia que tiene con el amor. Admirable es la actividad y fuerza de este elemento sobre todos, ninguno es más impaciente que él para sufrir las prisiones, porque o muere con ellas, o las quebranta para volar con suma ligereza a su propia esfera. Si se halla encarcelado en las entrañas de la tierra, la rompe, divide los montes, arranca los peñascos y con suma violencia los arroja o los lleva delante de su cara, hasta donde les dura el ímpetu que les imprime. Y

aunque la cárcel sea de bronce, si no la rompe, a lo menos abre sus puertas con espantosa violencia y terror de los que están vecinos y por ellas despide el globo de metal que le impedía con tanta violencia, como lo enseña la experiencia. Tal es la condición de esta insensible criatura.

714. Pero si en el corazón de María santísima estaba en su punto el elemento del fuego del amor divino, que no puedo explicar con otros términos, claro está que los efectos corresponderían a la causa y no serían aquellos más admirables en el orden de la naturaleza que éstos en el de la gracia, y tan inmensa gracia. Siempre nuestra gran Reina fue peregrina del mundo en el cuerpo mortal y fénix única en la tierra, pero cuando estaba ya de partida para el cielo y asegurada del feliz término de su peregrinación, aunque el virginal cuerpo se tenía en la tierra, la llama de su purísimo espíritu con velocísimos vuelos se levantaba hasta su esfera, que era la misma divinidad. No podía tenerse ni contener los ímpetus del corazón, ni parecía arbitra de sus movimientos interiores, ni que tenía dominio de voluntad sobre ellos; porque toda su libertad había entregado al imperio del amor y a los deseos de la posesión que la esperaba del sumo bien, en que vivía transformada y olvidada de la mortalidad terrena. No rompía estas prisiones porque, más milagrosa que naturalmente, se las conservaban; ni levantaba consigo el cuerpo mortal ya que nuestra gran Reina fue peregrina del mundo en el cuerpo mortal y pesado, porque tampoco era llegado el plazo, aunque la fuerza del espíritu y del amor pudiera arrebatarse de sí mismo. Pero en esta dulce y contenciosa lucha le suspendía todas las operaciones vitales de la naturaleza, de manera que de aquella alma tan deificada sólo parece que recibía la vida del amor divino y, para no consumir la natural, era necesario el conservarla milagrosamente y que interviniera otra causa superior

que la vivificase porque cada instante no se resolviese.

715. Sucedióla muchas veces en estos últimos días que, para dar algún ensanche a estas violencias, retirada a solas rompía el silencio para que no se le dividiese el pecho y hablando con el Señor decía: Amor mío dulcísimo, bien y tesoro de mi alma, llevadme ya tras el olor de Vuestros unguentos (Cant 1, 3) que habéis dado a gustar a esta Vuestra sierva y Madre peregrina en el mundo. Mi voluntad toda siempre estuvo empleada en Vos, que sois suma verdad y verdadero bien mío, nunca supo amar fuera de vos alguna cosa i Oh única esperanza y gloria mía! no se detenga mi carrera, no se alargue el plazo de mi deseada libertad. Soltad ya las prisiones de la mortalidad que me detienen, cúmplase ya el término, llegue al fin donde camino desde el primer instante que recibí de Vos el ser que tengo. Mi habitación se ha prolongado entre los moradores de Cedar (Sal 119, 5), pero toda la fuerza de mi alma y sus potencias miran al sol que les da vida, siguen al norte fijo que les encamina y desfallecen sin la posesión del bien que esperan. Oh espíritus soberanos, por la nobilísima condición de Vuestra espiritual y angélica naturaleza, por la dicha que gozáis de la vista y hermosura de mi amado, de quien jamás carecéis, os pido os lastiméis de mí, amigos míos. Doleos de esta peregrina entre los hijos de Adán, cautiva en las prisiones de la carne. Decid a vuestro Dueño y mío la causa de mi dolencia, que no ignora; decidle que por su agrado abrazo el padecer en mi destierro, y así lo quiero; mas no puedo querer vivir en mí, y si vivo en él para vivir, ¿cómo podré vivir en ausencia de mi vida? Dámela el amor y me la quita. No puede vivir sin amor la vida, pues ¿cómo viviré sin la vida que sólo amo? En esta dulce violencia desfallezco; referidme siquiera las condiciones de mi Amado, que con estas flores aromáticas se confortarán los deliquios de mi impaciente amor.

716. Con estas razones y otras más sentidas acompañaba la beatísima Madre los fuegos de su inflamado espíritu, con admiración y gozo de los Santos Ángeles que la asistían y servían. Y como inteligencias tan atentas y llenas de la divina ciencia, en una ocasión de éstas la respondieron a sus deseos con las razones siguientes: Reina y Señora nuestra, si de nuevo queréis oír las señas que de Vuestro amado conocemos, sabed que es la misma hermosura y encierra en sí todas las perfecciones que exceden al deseo. Es amable sin defecto, deleitable sin igual, agradable sin sospecha. En sabiduría inestimable, en bondad sin medida, en potencia sin término, en el ser inmenso, en la grandeza incomparable, en la majestad inaccesible, y todo lo que en sí contiene de perfecciones es infinito. En sus juicios terrible, en sus consejos inescrutable, en la justicia rectísimo, en pensamientos secretísimo, en sus palabras verdadero, en las obras santo y en misericordias rico. Ni el espacio le viene ancho, ni la estrechez le limita, ni lo triste le turba, ni lo alegre le altera, ni en la sabiduría se engaña, ni en la voluntad se muda, ni la abundancia le sobra, ni la necesidad le mengua, no le añade la memoria, ni el olvido le quita, ni lo que ya fue se le pasó, ni lo futuro le sucede. No le dio el principio origen a su ser, ni el tiempo le dará fin. Sin tener causa que le diese principio, le dio a todas las cosas, no porque necesitase alguna, pero todas necesitan de su participación; consévalas sin trabajo, gobiérnalas sin confusión. Quien le sigue no anda en tinieblas, quien le conoce es dichoso, quien le ama y le granjea es bienaventurado; porque a sus amigos los engrandece y al fin los glorifica con su eterna vista y compañía. Este es, Señora, el bien que Vos amáis y de cuyos abrazos con mucha brevedad gozaréis para no dejarle por toda su eternidad.—Hasta aquí le dijeron los Ángeles.

717. Repetíanse estos coloquios frecuentemente entre la gran Reina y sus ministros; pero como al sediento de una ardiente fiebre no le aplacan la sed, antes la encienden las pequeñas gotas de agua, tampoco mitigaban la llama del divino amor estos fomentos en la amantísima Madre, porque renovaba en su pecho la causa de su dolencia. Y aunque en estos últimos días de su vida se continuaban los favores que arriba dejo escritos (Cf. supra n. 615ss.), de las festividades que celebraba y los que recibía todos los domingos y otros muchos que no es posible referirlos, con todo eso, para entretenerla y alentarla entre estas congojas amorosas, la visitaba su Hijo santísimo personalmente con más frecuencia que hasta entonces. Y en estas visitas la recreaba y confortaba con admirables favores y caricias, y de nuevo la aseguraba que sería breve su destierro, que la llevaría a su diestra, donde por el Padre y Espíritu Santo sería colocada en su real trono y absorta en el abismo de su divinidad, y sería nuevo gozo de los Santos, que todos la esperaban y deseaban. Y en estas ocasiones multiplicaba la piadosa Madre las peticiones y oraciones por la Santa Iglesia y por los Apóstoles y discípulos y todos los ministros que en los futuros siglos la servirían en la predicación del Evangelio y conversión del mundo y para que todos los mortales le admitiesen y llegasen al conocimiento de la vida eterna.

718. Entre las maravillas que hizo el Señor con la beatísima Madre en estos últimos años, una fue manifiesta, no sólo al Evangelista San Juan, sino a muchos fieles. Y esto fue que, cuando comulgada, la gran Señora quedaba por algunas horas llena de resplandores y claridad tan admirable que parecía estar transfigurada y con dotes de gloria. Y este efecto le comunicaba el sagrado cuerpo de su Hijo santísimo que, como arriba dije (Cf. supra n. 607), se le manifestaba transfigurado y más glorioso que en el monte Tabor. Y a todos los que así

la miraban dejaba llenos de gozo y efectos tan divinos, que más podían sentirlos que declararlos.

719. Determinó la piadosa Reina despedirse de los Lugares Santos antes de su partida para el cielo y pidiendo licencia a San Juan Evangelista salió de casa en su compañía y de los mil Ángeles que la asistían. Y aunque estos soberanos príncipes siempre la sirvieron y acompañaron en todos sus caminos, ocupaciones y jornadas, sin haberla dejado un punto sola desde el primer instante de su nacimiento, pero en esta ocasión se le manifestaron con mayor hermosura y refulgencia, como quienes participaban entonces nuevo gozo de que estaban ya de camino. Y despidiéndose la divina Princesa de las ocupaciones humanas para caminar a la propia y verdadera patria, visitó todos los Lugares de nuestra Redención, despidiéndose de cada uno con abundantes y dulces lágrimas, con memorias lastimosas de lo que padeció su Hijo y fervientes operaciones y admirables efectos, con clamores y peticiones por todos los fieles de que llegasen con devoción y veneración a aquellos Sagrados Lugares por todos los futuros siglos de la Iglesia. En el monte Calvario se detuvo más tiempo, pidiendo a su Hijo santísimo la eficacia de la muerte y redención que obró en aquel lugar para todas las almas redimidas. Y en esta oración se encendió tanto en el ardor de su inefable caridad, que consumiera allí la vida si no fuera preservada por la virtud divina.

720. Descendió luego del cielo en persona su Hijo santísimo y se le manifestó en aquel lugar donde había muerto. Y respondiendo a sus peticiones la dijo: Madre mía y paloma mía dilectísima y coadjutora en la obra de la Redención humana, vuestros deseos y peticiones han llegado a mis oídos y corazón; yo os prometo que seré liberalísimo con los hombres, y les daré de mi gracia continuos auxilios y favores, para que con su voluntad

libre merezcan en virtud de mi sangre la gloria que les tengo prevenida, si ellos mismos no la despreciaren. En el cielo seréis su Medianera y Abogada, y a todos los que granjearen vuestra intercesión llenaré de mis tesoros y misericordias infinitas.—Esta promesa renovó Cristo nuestro Salvador en el mismo lugar que nos redimió. Y la beatísima Madre postrada a sus pies le dio gracias por ello y le pidió que en aquel mismo lugar consagrado con su preciosa sangre y muerte le diese su última bendición. Dióselo Su Majestad y ratificóla su real palabra en todo lo que había prometido y se volvió a la diestra de su Eterno Padre. Quedó María santísima confortada en sus congojas amorosas y prosiguiendo con su religiosa piedad besó la tierra del Calvario y la adoró, diciendo: Tierra santa y lugar sagrado, desde el cielo te miraré con la veneración que te debo en aquella luz que todo lo manifiesta en su misma fuente y origen, de donde salió el Verbo divino que en carne mortal os enriqueció.—Luego encargó de nuevo a los Santos Ángeles que asisten en custodia de aquellos Sagrados Lugares que ayudasen con inspiraciones santas a los fieles que con veneración los visitasen, para que conociesen y estimasen el admirable beneficio de la Redención que se había obrado en ellos. Encomendóles también la defensa de aquellos santuarios. Y si la temeridad y pecados de los hombres no hubieran desmerecido este favor, sin duda los Santos Ángeles les hubieran defendido para que los infieles y paganos no los profanaran, y en muchas cosas los defienden hasta el día de hoy.

721. Pidióles también la Reina a los mismos Ángeles de los Santos Lugares y al Evangelista que todos la diesen allí la bendición en esta última despedida, y con esto se volvió a su oratorio llena de lágrimas y cariño de lo que tan tiernamente amaba en la tierra. Postróse luego y pegó su rostro con el polvo, donde hizo otra prolija y fervorosísima oración por la Iglesia; y perseveró en ella

hasta que por la visión abstractiva de la divinidad la dio el Señor respuesta de que sus peticiones eran oídas y concedidas en el tribunal de su clemencia. Y para dar en todo la plenitud de santidad a sus obras, pidió licencia al Señor para despedirse de la Santa Iglesia y dijo: Altísimo y sumo bien mío, Redentor del mundo, cabeza de los santos y predestinados, justificador y glorificador de las almas, hija soy de la Santa Iglesia, adquirida y plantada con Vuestra sangre; dadme, Señor, licencia para que de tan piadosa Madre me despida y de todos los hermanos hijos vuestros que en ella tengo.—Conoció en esto el beneplácito de su Hijo y con él se convirtió al cuerpo de la Santa Iglesia, habiéndola con dulces lágrimas en esta forma:

722. Iglesia Santa y Católica, que en los futuros siglos te llamarás Romana, Madre y Señora mía, tesoro verdadero de mi alma, tú has sido el consuelo único de mi destierro; tú el refugio y alivio de mis trabajos; tú mi recreo, mi alegría, mi esperanza; tú me has conservado en mi carrera; en ti he vivido peregrina de mi patria; y tú me has sustentado después que recibí en ti el ser de gracia, por tu cabeza y mía. Cristo Jesús, mi Hijo y mi Señor. En ti están los tesoros y riquezas de sus merecimientos infinitos. Tú eres para sus fieles hijos el tránsito seguro de la tierra prometida y tú les aseguras su peligrosa y difícil peregrinación. Tú eres la señora de las gentes, a quien todos deben reverencia; en ti son joyas ricas de inestimable precio las angustias, los trabajos, las afrentas, los sudores, los tormentos, la cruz, la muerte; todos consagrados con la de mi Señor, tu Padre, tu Maestro y tu cabeza, y reservadas para sus mayores siervos y carísimos amigos. Tú me has adornado y enriquecido con tus preseas para entrar en las bodas del Esposo; tú me has enriquecido y prosperado y regalado, y tienes en ti misma a tu Autor Sacramentado. Dichosa madre, Iglesia mía militante, rica estás y

abundante de tesoros. En ti tuve siempre todo mi corazón y mis cuidados; pero ya es tiempo de partir y despedirme de tu dulce compañía, para llegar al fin de mi carrera. Aplícame la eficacia de tantos bienes, báñame copiosamente con el licor sagrado de la sangre del Cordero en ti depositada, y poderosa para santificar a muchos mundos. Yo quisiera a costa de mil vidas hacer tuyas a todas las naciones y generaciones de los mortales, para que gozaran tus tesoros. Iglesia mía, honra y gloria mía, ya te dejo en la vida mortal, mas en la eterna te hallaré gozosa en aquel ser donde se encierra todo. De allá te miraré con cariño y pediré siempre tus aumentos y todos tus aciertos y progresos.

723. Esta fue la despedida que hizo María santísima del Cuerpo Místico de la Santa Iglesia Católica Romana, madre de los fieles, para enseñarles, cuando llegare a su noticia, la veneración y amor y aprecio en que la tenía, testificándolo con tan dulces lágrimas y caricias. Después de esta despedida determinó la gran Señora, como Madre de la sabiduría, disponer su testamento y última voluntad. Y manifestando al Señor este prudentísimo deseo, Su Majestad mismo quiso autorizarle con su real presencia. Para esto descendió la Beatísima Trinidad al oratorio de su Hija y Esposa, con millares de Ángeles que asistían al trono de la divinidad, y luego que la religiosa Reina adoró al ser de Dios infinito, salió una voz del trono que la decía: Esposa y escogida nuestra, ordena tu postrimera voluntad como lo deseas, que toda la cumpliremos y confirmaremos con nuestro poder infinito.—Detúvose un poco la prudentísima Madre en su profunda humildad, porque deseaba saber primero la voluntad del Altísimo antes que manifestara la suya propia. Y el mismo Señor la respondió a este deseo y encogimiento; y la persona del Padre la dijo: Hija mía, tu voluntad será de mi beneplácito y agrado, no carezcas del mérito de tus obras en ordenar tu alma para la

partida de la vida mortal, que yo satisfaceré a tus deseos.— Lo mismo confirmaron el Hijo y el Espíritu Santo. Y con estas promesas ordenó María santísima su testamento en esta forma:

724. Altísimo Señor y Dios eterno, yo vil gusanillo de la tierra os confieso y adoro con toda reverencia de lo íntimo de mi alma, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas en un mismo ser indiviso y eterno, una sustancia, una majestad infinita en atributos y perfecciones. Yo os confieso por único, verdadero, solo Criador y Conservador de todo lo que tiene ser. Y en Vuestra real presencia declaro y digo que mi última voluntad es ésta: De los bienes de la vida mortal y del mundo en que vivo nada tengo que dejar, porque jamás poseí ni amé otra cosa fuera de Vos, que sois mi bien y todas mis cosas. A los cielos, astros, estrellas y planetas, a los elementos y todas sus criaturas les doy las gracias, porque obedeciendo a Vuestra voluntad me han sustentado sin merecerlo, y con afecto de mi alma deseo y les pido os sirvan y alaben en los oficios y ministerios que les habéis ordenado y que sustenten y beneficien a mis hermanos los hombres. Y para que mejor lo hagan, renuncio y traspaso a los mismos hombres la posesión y, en cuanto es posible, el dominio que Vuestra Majestad me tenía dado de todas estas criaturas irracionales, para que sirvan a mis prójimos y los sustenten. Dos túnicas y un manto, de que he usado para cubrirme, dejaré a Juan para que disponga de ellas, pues le tengo en lugar de hijo. Mi cuerpo, pido a la tierra le reciba en obsequio vuestro, pues ella es madre común y os sirve como hechura vuestra. Mi alma despojada del cuerpo y de todo lo visible entrego, Dios mío, en Vuestras manos, para que os ame y magnifique por toda Vuestra eternidad. Mis merecimientos y los tesoros que con vuestra gracia divina y mis obras y trabajos he adquirido, de todos dejo por universal heredera a la Santa Iglesia, mi madre y mi

señora, y con licencia Vuestra los deposito, y quisiera que fueran muchos más. Y deseo que en primer lugar, sean para exaltación de Vuestro santo nombre y para que siempre se haga Vuestra voluntad santa en la tierra como en el cielo y todas las naciones vengan a Vuestro conocimiento, amor, culto y veneración de verdadero Dios.

725. En segundo lugar, los ofrezco por mis señores los Apóstoles y Sacerdotes, presentes y futuros, para que Vuestra inefable clemencia los haga idóneos ministros de su oficio y estado, con toda sabiduría, virtud y santidad, con que edifiquen y santifiquen a las almas redimidas con Vuestra sangre. En tercer lugar, las aplico para bien espiritual de mis devotos que me sirvieren, invocaren y llamen, para que reciban Vuestra gracia y protección y después la eterna vida. Y en cuarto lugar, deseo que os obliguéis de mis trabajos y servicios por todos los pecadores hijos de Adán, para que salgan del infeliz estado de la culpa. Y desde esta hora propongo y quiero pedir siempre por ellos en Vuestra divina presencia, mientras durare el mundo. Esta es, Señor y Dios mío, mi última voluntad rendida siempre a la Vuestra.—Concluyó la Reina este testamento y la Santísima Trinidad le confirmó y aprobó y Cristo nuestro Redentor, como autorizándole en todo, le firmó escribiendo en el corazón de su Madre estas palabras: Hágase como lo queréis y ordenáis.

726. Cuando los hijos de Adán, en especial los que nacemos en la Ley de Gracia, no tuviéramos otra obligación a María santísima más que de habernos dejado herederos de sus inmensos merecimientos y de todo lo que contiene su breve y misterioso testamento, no podíamos desempeñarnos de esta deuda aunque en su retorno ofreciéramos la vida con todos los tormentos de los esforzados Mártires y Santos. No hago comparación,

porque no la hay, con los infinitos merecimientos y tesoros que Cristo nuestro Salvador nos dejó en la Iglesia. Pero ¿qué disculpa o qué descargo tendrán los réprobos, cuando ni de unos ni de otros se aprovecharon? Todo los despreciaron, olvidaron y perdieron. ¿Qué tormento y despecho será el suyo cuando sin remedio conozcan que perdieron para siempre tantos beneficios y tesoros por un deleite momentáneo? Confiesen la justicia y rectitud con que digna y justísimamente son castigados y arrojados de la cara del Señor y de su Madre piadosísima, a quien con temeridad estulta desprecian.

727. Luego que la gran Reina ordenó su testamento, dio gracias al Omnipotente y pidió licencia para hacerle otra petición; y con ella añadió y dijo: Clementísimo Señor mío y Padre de las misericordias, si fuere de Vuestra gloria y beneplácito, desea mi alma que para su tránsito se hallen presentes los Apóstoles, mis señores y ungidos Vuestros, con los otros discípulos, para que oren por mí y con su bendición parta yo de esta vida para la eterna.—A esta petición la respondió su Hijo santísimo: Madre mía amantísima, ya vienen mis Apóstoles a Vuestra presencia y los que están cerca llegarán con brevedad, y por los demás que están muy lejos enviaré a mis Ángeles que los traigan; porque mi voluntad es que asistan todos a vuestro glorioso tránsito para consuelo vuestro y el suyo, en veros partir a mis eternas moradas, y para lo que fuere de mayor gloria mía y vuestra.—Este nuevo favor y los demás agradeció María santísima postrada en tierra; con que las divinas Personas se volvieron al cielo empíreo.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

728. Hija mía, por lo que admiras de la estimación que yo hice de la Santa Iglesia y del amor grande que la tuve,

quiero ayudar más a tus afectos para que tú también concibas de ella nuevo aprecio y veneración. No puedes entender en carne mortal lo que por mi interior pasaba mirando a la Santa Iglesia. Y sobre lo que has conocido entenderás más, si ponderas las causas que movían mi corazón. Estas fueron el amor y obras de mi Hijo santísimo con la misma Iglesia, y ellas han de ser tu meditación de día y de noche, pues en lo que hizo Su Majestad por la Iglesia conocerás el amor que la tuvo. Para ser su cabeza en este mundo y siempre de los predestinados, descendió del seno del Eterno Padre y tomó carne humana en mis entrañas. Para recobrar a sus hijos perdidos por el primer pecado de Adán, tomó carne mortal y pasible. Para dejar el ejemplar de su inculpable vida y la doctrina verdadera y saludable, vivió y conversó con los hombres treinta y tres años. Para redimirlos con efecto y merecer infinitos bienes de gracia y gloria, que no podían merecer los fieles, padeció durísima pasión, derramó su sangre y admitió la muerte dolorosa y afrentosa de la cruz. Para que de su sagrado cuerpo ya difunto saliera misteriosamente la Iglesia, se le dejó romper con la lanza.

729. Y porque el Eterno Padre se complació tanto de su vida, pasión y muerte, ordenó el mismo Redentor en la Iglesia el sacrificio de su cuerpo y sangre, en que se renovase su memoria y los fieles le ofreciesen para aplacar y satisfacer a la divina Justicia; y junto con esto se quedase sacramentado perpetuamente en la Iglesia para alimento espiritual de sus hijos y que tuviesen consigo la misma fuente de la gracia, viático y prenda cierta de la vida eterna. Sobre todo esto, envió sobre la Iglesia al Espíritu Santo, que la llenase de sus dones y sabiduría, prometiéndosele para que siempre la encaminase y gobernase sin errores, sin sospecha y sin peligro. Enriquecióla con todos los merecimientos de su pasión, vida y muerte, aplicándoselos por medio de los

Sacramentos, ordenando todos los que eran necesarios para los hombres, desde que nacen hasta que mueren, para lavarse de los pecados y ayudarse a perseverar en su gracia y defenderse de los demonios y vencerlos con las armas de la Iglesia, y para quebrantar las propias y naturales pasiones, dejando ministros proporcionados y convenientes para todo. Comunícase en la Iglesia militante familiarmente con las almas santas, hácelas participantes de sus ocultos y secretos favores, obra milagros y maravillas por ellas y, cuando conviene para su gloria, obligase de sus obras, oye sus peticiones por sí misma y por otras, para que en la Iglesia, se conserve la comunión de los santos.

730. Dejó en ella otra fuente de luz y de verdad que son los Santos Evangelios y las Sagradas Escrituras dictadas por el Espíritu Santo, las determinaciones de los Sagrados Concilios, las tradiciones ciertas y antiguas. Envió a sus tiempos oportunos doctores santos llenos de sabiduría, diola maestros y varones doctos, predicadores y ministros en abundancia. Ilustróla con admirables Santos, hermoseóla con variedad de religiones donde se conserve y profese la vida perfecta y apostólica, gobiérnala con muchos prelados y dignidades. Y para que todo fuese con orden y concierto, puso en ella una cabeza superior, que es el Pontífice Romano, vicario suyo con plenitud suprema y divina potestad, como cabeza de este Cuerpo Místico y hermosísimo, y le defiende y guarda hasta el fin del mundo contra las potestades de la tierra y del infierno. Y entre todos estos beneficios que hizo y hace a su amada la Iglesia, no fue el menor dejarme a mí en ella, después de su admirable ascensión a los cielos, para que la gobernase y plantase con mis merecimientos y presencia. Desde entonces y para siempre tengo por mía esta Iglesia, el Muy Alto me hizo esta donación y me mandó cuidase de ella como su Madre y Señora.

731. Estos son, carísima, los grandes títulos y motivos que yo tuve y los que ahora tengo para el amor que en mí has conocido con la Santa Iglesia, y los que yo quiero que despierten y enciendan tu corazón para imitarme en todo lo que te toca como mi discípula, hija mía y de la misma Iglesia. Amala, respétala y estímala con todo tu corazón, goza de sus tesoros, logra las riquezas del cielo, que con su mismo Autor están depositadas en la Iglesia. Procura unirla contigo y a ti con ella, pues en ella tienes refugio y remedio, consuelo en tus trabajos, esperanza en tu destierro, luz y verdad que te encamina entre las tinieblas del mundo. Por esta Iglesia Santa quiero que trabajes todo lo que te restare de vida, pues para este fin se te ha concedido y para que me imites y sigas en la solicitud infatigable que yo tuve con ella en la vida mortal; ésta es tu mayor dicha que debes agradecer eternamente. Y quiero, hija mía, adviertas que con este intento y deseo te he aplicado mucha parte de los tesoros de la Iglesia para que escribas mi Vida, y el Señor te eligió por instrumento y secretaria de sus misterios y sacramentos ocultos para los fines de su mayor gloria. Y no entiendas que con haber trabajado algo en esto le has dado parte de retorno con que desempeñarte de esta deuda, porque antes quedas ahora más empeñada y obligada para poner en ejecución toda la doctrina que has escrito, y mientras no lo hicieres siempre estarás pobre, sin descargo de tu deuda y con rigor se te pedirá cuenta del recibo. Ahora es tiempo de trabajar, para que te halles prevenida y desocupada en la hora de tu muerte y no tengas impedimento para recibir al Esposo. Atiende al desembarazo en que yo estaba abstraída y libre de todo lo terreno, y por esta regla quiero que te gobiernes y que no te falte el aceite de la luz y del amor, para que entres a las bodas del Esposo franqueándote las puertas de su infinita misericordia y clemencia.

CAPITULO 19

El tránsito felicísimo y glorioso de María santísima y cómo los Apóstoles y discípulos llegaron antes a Jerusalén y se hallaron presentes a él.

732. Acercábase ya el día determinado por la divina voluntad en que la verdadera y viva arca del Testamento había de ser colocada en el templo de la celestial Jerusalén con mayor gloria y júbilo que su figura fue colocada por Salomón en el santuario debajo de las alas de los querubines (3 Re 8, 6). Y tres días antes del tránsito felicísimo de la gran Señora se hallaron congregados los Apóstoles y discípulos en Jerusalén y casa del Cenáculo. El primero que llegó fue San Pedro, porque le trajo un Ángel desde Roma, donde estaba en aquella ocasión. Y allí se le apareció y le dijo cómo se llegaba cerca el tránsito de María santísima, que el Señor mandaba viniese a Jerusalén para hallarse presente. Y dándole el Ángel este aviso le trajo desde Italia al cenáculo, donde estaba la Reina del mundo retirada en su oratorio, algo rendidas las fuerzas del cuerpo a las del amor divino, porque como estaba tan vecina del último fin, participaba de sus condiciones con más eficacia.

733. Salió la gran Señora a la puerta del oratorio a recibir al Vicario de Cristo nuestro Salvador y puesta de rodillas a sus pies le pidió la bendición y le dijo: Doy gracias y alabo al Todopoderoso porque me ha traído a mi Santo Padre, para que me asista en la hora de mi muerte.—Llegó luego San Pablo, a quien la Reina hizo respectivamente la misma reverencia con iguales demostraciones del gozo que tenía de verle. Saludáronla los Apóstoles como a Madre del mismo Dios, como a su Reina y propia Señora de todo lo criado, pero con no menos dolor que reverencia, porque sabían venían a su dichoso tránsito. Tras de los Apóstoles llegaron los demás y los discípulos que vivían, de manera que tres días

antes estuvieron todos juntos en el Cenáculo, y a todos recibió la divina Madre con profunda humildad, reverencia y caricia, pidiendo a cada uno que la bendijese, y todos lo hicieron y la saludaron con admirable veneración; y por orden de la misma Señora, que dio a San Juan, fueron todos hospedados y acomodados, acudiendo también a esto con San Juan Santiago [Jacob] Apóstol el Menor.

>>sigue parte 22>>